

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM 89

40 Cents.

31 OCTUBRE  
1926



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



¡POBRECILLOS! ¿CÓMO ESTARÁN BUSCÁNDONOS PORTO DO EL BARCO! DEBEN DE ANDAR LOCOS! ¿VERDAD?

¡ANTES DE BUSCARNOS YA ESTABAN LOCOS, DE MODO QUE NO TENEMOS LA CULPA!

## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

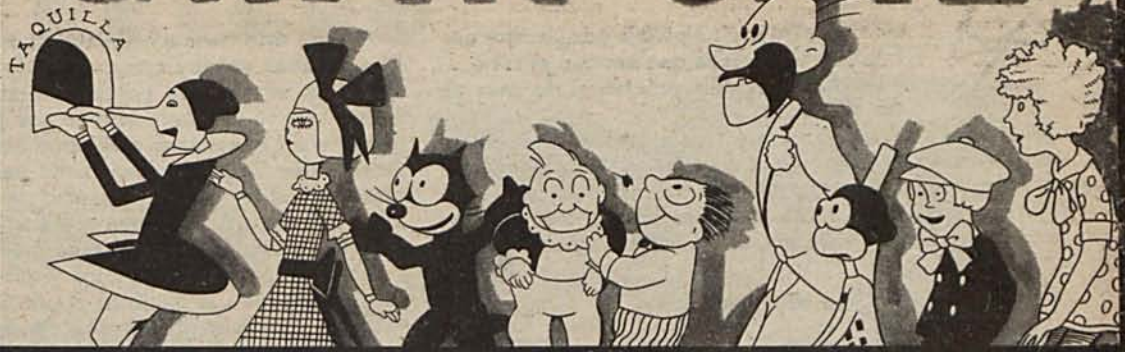


**PROGRAMA  
PARA HOY**

**EL ROBO  
DE LAS  
MEDALLAS**

*Sensacional*

# GRAN CINE



«Trailer», en la pista.

Paddy O'Darrell detuvo el potente Comet de seis cilindros en el ancho camino de coches enfrente de la posesión Barsea. La posesión era una hermosa casa antigua de ladrillo rojo y ancho alero. Su dueño, Sir Richard Spencer, persona muy rica, era dueño de casi todo el pueblo y los alrededores de Barsea, pueblecito de pesca.

El famoso detective observó con gran interés durante unos momentos un grupo de personas que se hallaban reunidas junto a la puerta principal de la casa. Destacábase entre ellas un policía, y fué en él en quien especialmente se fijó.

—Parece como si el policía hubiese descubierto ya al ladrón, Bob —observó.

—Supongo que no habrán descubierto ellos todo y que nos dejarán algo para nosotros —replicó Bob abriendo la portezuela del automóvil. Bob era un muchacho listo, y que por su habilidad prometía ser un buen detective.

Tanto él como Paddy poco era lo que sabían acerca del caso que venían a desentrañar. Aquella mañana recibieron un telegrama de Sir Richard, en el que le comunicaba que había ocurrido un robo en su casa y le rogaba se encargara del asunto. Y el detective acudía al llamamiento en su coche, acompañado, como siempre, por sus fieles ayudantes Bob y Trailer, el sabueso que dormitaba en la parte de atrás del coche.

Los detectives oyeron al policía decir solemnemente:

—Los ladrones no han dejado ninguna pista detrás, así que vamos a tener mucha dificultad para cogerlos; pero en cuanto descubramos algo se lo comunicaremos, Sir Richard.

Y al decir esto saludó a un caballero de edad y de aspecto venerable que estaba de pie en el umbral.

—Espero que conseguiréis cogerlos, Posón —exclamó el caballero, que era el propio Sir Richard. El policía metió su precioso libro de apuntes en el bolsillo y se fué con aires de importancia.

Sir Richard, al ver a Paddy y a Bob sospechó quiénes eran, y después de despedir a todos sus colonos, que estaban allí reunidos, hizo pasar a los detectives al amplio «hall» de la casa.

—Me alegro mucho que hayan venido ustedes tan pronto, Mr. O'Darrell. Anoche han entrado a robar aquí y me han llevado una gran cantidad de cosas que yo tenía en gran estima y deseaba que usted viera a ver si podía recuperarlas.

—Tenga usted la seguridad de que haremos lo posible —contestó Paddy.

Condujolos el barón a una sala grande y amueblada con lujo, una de cuyas paredes estaba toda llena de vitrinas. Las vitrinas tenían varios cristales rotos, y de una mirada pudo Paddy apreciar el destrozo que allí se había hecho.

—Yo soy un entusiasta coleccionista de medallas y monedas antiguas —explicó Sir Richard— y poseo, quizá, la mejor colección del país. Las tenía guardadas en estas vitrinas, que anoche quedaron, como siempre, bien cerradas. Sin embargo, como ustedes ven, esta mañana han aparecido despojadas gran número de ellas.

Paddy escudriñaba la sala con sus ojos de lince.

—Me figuro que esas medallas supondrán una pérdida considerable, Sir Richard.

—Efectivamente que la suponen. No solamente porque de-

bido a su antigüedad son imposibles de sustituir, sino porque como son de oro, tiene gran valor.

—Es verdad —asintió Paddy inclinándose y examinando minuciosamente las vitrinas. Las ventanas habían sido forzadas, dejando ver claramente que los ladrones habían penetrado por allí. Fijaron toda su atención en esto los detectives y vieron que el macizo de flores que estaba enfrente de la ventana tenía pisadas de dos pares de pies. Las pisadas se perdían en el césped; pero yendo en línea recta desde el macizo, volvían a encontrarse un poco más allá, en una parte de terreno blando.

—Indudablemente los ladrones salieron en línea recta desde la ventana hasta ponerse al cobijo de los arbustos para ocultarse a la vista de la casa lo más rápidamente posible —dijo Paddy—. Vamos a seguirlos.

Siguieronlos hasta los arbustos seguidos del fiel perro, y apenas penetraron entre ellos, Bob lanzó una exclamación al ver una gorra enganchada entre las ramas.

—¡Cáspita! ¡Aquí tenemos una pista, Bob. ¡Trailer —agregó llamando al perro—, aquí hay trabajo para ti!

Al oír su nombre el sabueso miró para arriba y olfateó ávidamente la gorra.

—¡Búscalo, Trailer! ¡Búscalo!

Trailer pegó las narices al suelo y pareció coger el rastro en seguida, porque después de dar un gruñido, echó a correr por entre los arbustos. Salió de ellos, y cruzando una extensión grande de césped, llegó hasta un paredón que separaba la finca de la carretera.

Indudablemente los ladrones habían saltado el paredón. Saltaron también a él los detectives y el perro. Ya en la carretera, Trailer volvió a pegar las narices al suelo, continuando con la pista.

—¡Qué extraño! —exclamó Paddy—. ¡Trailer nos lleva directamente a Barsea! Yo hubiera creído que los ladrones se habían escondido por el campo.

—Y tampoco hay ferrocarril en Barsea —añadió Bob—. ¿Si será alguno del pueblo el ladrón?

—Sí; tiene que ser alguien que supiera la existencia de esa colección de medallas.

Trailer continuaba corriendo y no tardaron en llegar al pueblo. Allí lo comentaba la gente por todas partes. El perro llevó a los detectives directamente al muelle, a lo largo del cual estaban amarrados barcos de pesca y otras embarcaciones. Hacia la mitad del malecón charlaban un grupo de hombres, y entre los cuales se destacaba el casco de un policía; pero los detectives no tuvieron tiempo de enterarse de lo que decían porque Trailer los condujo por unas escaleras de madera que bajaban hasta la escollera. Al llegar al borde del agua se quedó olfateando en torno suyo. Luego miró para arriba, como dando a entender que ya no le era posible seguir más lejos.

—¿Buscan ustedes un bote, caballeros? —preguntó una voz desde el muelle.

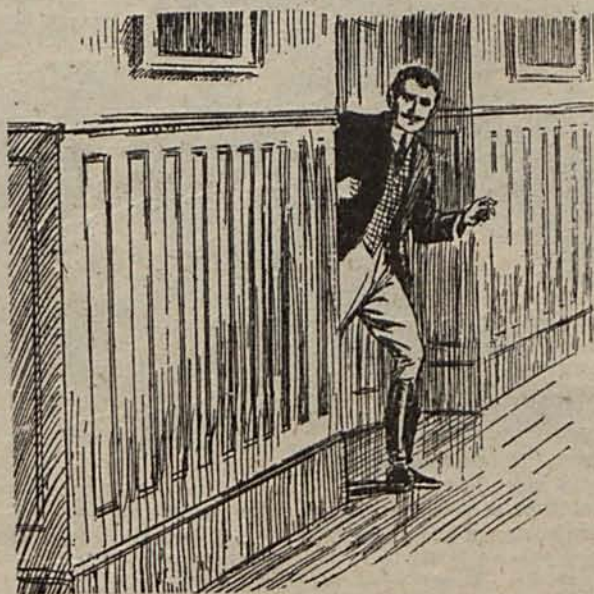
Paddy y Bob miraron para arriba y vieron a un chicuelo de rostro tostado y pecoso.

—Sí, buscamos un bote; pero un bote que ha estado amarrado aquí.

—¡Ah! Entonces buscan ustedes la gasolinera de Sam Jenner. Si ese es el bote que ha ocasionado el jaleo.

—¿Qué jaleo? ¡A ver, dínos lo que ha pasado! —preguntó Paddy subiendo y dándole al muchacho una propina.

—Muchas gracias, caballero. El jaleo es que Sam, el viejo,





está riendo con un policía porque dice que Fred no tiene nada que ver con el robo.

—¿El robo? Te refieres al de casa de Sir Richard?

—Sí, señor —respondió el muchacho, ansioso por contar la historia—. Han robado medallas y monedas antiguas de mucho valor, según dicen por ahí. Es una cosa muy rara; pero Fred Jenner, el sobrino del tío Sam, que vive con él, no durmió anoche en casa, y esta mañana faltaba también el bote del tío Sam.

### Una sospecha.

Una ligera sospecha se pintó en el rostro de O'Darrell, pero éste no dijo nada.

—El policía dice que Fred debe estar en combinación con los que robaron las medallas, y que ha empleado la gasolinera para huir —continuó el muchacho.

Paddy dió las gracias al chico, y él y Bob subieron otra vez al muelle.

—Es muy suspicaz el policía en relacionar a Fred Jenner con el robo —observó Paddy.

—Pues si supiera que habíamos seguido la pista al ladrón guiados por el perro hasta el mismo sitio donde estaba amarrado el bote, lo detendría ahora mismo —apuntó Bob.

—Sí; no cabe duda que el ladrón o los ladrones han huido en ese bote. Lo que falta averiguar ahora es si Fred era uno de ellos.

Siguieron andando hasta el grupo de gente compuesto casi todo de pescadores. Sam Jenner estaba sentado encima de una barca con la pipa en su mano temblorosa. Parecía muy disgustado, y al ver que el policía escribía en su libro de notas le centellearon los ojos de rabia, y dijo:

—¡Tenga usted mucho cuidado, guardia, y asegúrese usted bien del terreno que pisa antes de acusar a nadie, porque Fred no sabe nada del robo!

—Yo no he dicho que haya sido él —gruñó el policía—. Tengo el deber de averiguar dónde ha estado anoche cada uno de los del pueblo, y lo único que digo es que nadie sabe nada de Fred Jenner. ¿Dónde está?

—¡No lo sé!... Ya se lo he dicho a usted.

—¿Y qué ha sido del bote de usted?

—Vuelvo a repetirle que tampoco lo sé...; seguramente se desató y se marchó solo por el mar.

La figura del tío Sam tenía algo de patética, y varios de sus amigos le dieron palmadas cariñosas en el hombro para animarle.

En aquel momento, de la parte del muelle llegó una voz de saludo, y todos los rostros se volvieron a mirar. Era un barco pesquero que entraba, y el patrón, de pie en la popa, se disponía a dar noticias.

—¡Hemos visto un bote entre las rocas de Black Cliffs, que parecía el de usted, Sam; pero no pudimos llegar hasta él, a ver lo que pasaba.

—¿Visteis a mi Fred allí? —preguntó nerviosamente Sam.

—No —respondió el patrón.

—Bob, hay que intentar ir a ver ese bote antes de que llegue allá toda esta gente —murmuró Paddy, viendo que la multitud, con el policía y Sam al frente, echaba andar para Black Cliffs.

Nuestros amigos llamaron al muchacho que les había suministrado noticias primero, y éste les ofreció llevarles a Black Cliffs por un atajo. Sin escrúpulos de atravesar por muchos terrenos y fincas particulares, llegaron en seguida a lo alto del acantilado, que estaba a unos cuatro kilómetros de Barsea. Ya oscurecía; pero, sin embargo, pudieron ver cómo las olas se estrellaban contra las rocas en los arrecifes, y que encallado entre dos peñas y medio sumergido en el agua, estaba un bote motor.

—Parece como si estuviera alguien dentro —observó Bob.

—Sí; y alguien que no tuviera fuerzas para moverlo —añadió Paddy.

A todo esto, la muchedumbre, precedida de Sam y del policía, estaban ya muy cerca, y Paddy y Bob, para llegar antes que ellos, se metieron por una abertura que había entre las rocas. Dentro del bote vieron que yacía, sin sentido y casi cubierto por el agua, un muchacho como de unos veinte años. Adelantóse Bob para levantarlo; pero oyó detrás de sí unas pisadas, y el tío Sam se abalanzó por encima de ellos y cogió al mozo en sus brazos, gimoteando:

—¡Fred, hijo mío! ¿Qué te ha sucedido?

Abrió el muchacho los ojos y miró, vagamente, primero a su tío, después a la multitud y, por último, al policía.

Paddy, que siempre llevaba consigo un frasco de alguna bebida confortante, derramó un trago de ello en la boca de Fred. El líquido produjo un efecto instantáneo.

—¿Cómo he venido hasta aquí? —interrogó el muchacho.

—Éso es lo que queremos saber, Fred —repuso Sam—. Te hemos encontrado aquí, en Black Cliffs, dentro del bote.

—¡Ya recuerdo! ¡Ya recuerdo! —dijo Fred repentinamente—. Anoche fui al muelle a ver si el bote estaba bien amarrado, y me senté allí un rato a fumar; de repente, sentí un golpe en la cabeza, me pusieron un trapo con un olor muy malo delante de las narices... ¡y ya no sé más!

—Ahí lo tiene usted —dijo Sam, mirando para el policía.

Fred se volvió para mirar también al guardia, y al hacerlo así produjo un sonido como si llevara los bolsillos llenos de monedas. El policía le metió la mano en uno de ellos y sacó un puñado de monedas y medallas.

—¡Hola! ¡Aquí están las cosas robadas anoche en casa de Sir Richard! ¿Qué dice usted a esto, Fred?

Tanto Fred como su tío miraron desconcertados las monedas, dando muestras de gran asombro. Pero el que estuvieran allí no era una prueba positiva de que Fred era el ladrón.

El muchacho protestó de que tuviera conocimiento del robo; pero el policía meneó la cabeza, diciendo:

—Lo siento mucho; pero no tengo más remedio que detenerlo, Fred. Mañana ya con-

tará usted su historia ante el juez.

Los detectives esperaron que se marchara la gente, y entonces dijo Paddy:

—Ahora podemos empezar nuestra tarea, Bob. ¡Ven aquí, Trailer!

Dióle al perro a oler otra vez la gorra, y Trailer empezó a corretear, excitadamente, de un lado a otro, con el hocico pegado al suelo; por fin, fué hasta el bote; de allí siguió a lo largo de las rocas, y acabó por subir, por una estrecha abertura, hasta lo alto del acantilado. Luego, siempre seguido de Paddy y Bob, tomó la carretera, por la que siguió corriendo hasta llegar a un cobertizo viejo, dentro del cual se precipitó. Inmediatamente rasgaron el aire unos gritos de terror, entremezclados con los aullidos del perro, y del cobertizo salió corriendo un hombre sin aliento y atemorizado. Tiróse sobre él Paddy, y, empleando el *Ju-jitsu*, le sostuvo fuertemente, mientras Bob le ponía las esposas. Por la puerta abierta vieron a otro hombre tirado en el suelo, con Trailer a su lado. ¡El perro había encontrado al dueño de la gorra!

En los bolsillos de aquellos individuos hallaron los detectives todo el producto del robo, exceptuando las monedas y medallas que estaban en los de Fred. Los ladrones, al verse perdidos, confesaron que Fred nada tenía que ver con el robo. Después que ellos habían robado las medallas, fueron al muelle a buscar la gasolinera de Sam para huir en ella; pero al ver allí a Fred se alarmaron, y entonces fué cuando le golpearon para llevárselo consigo.

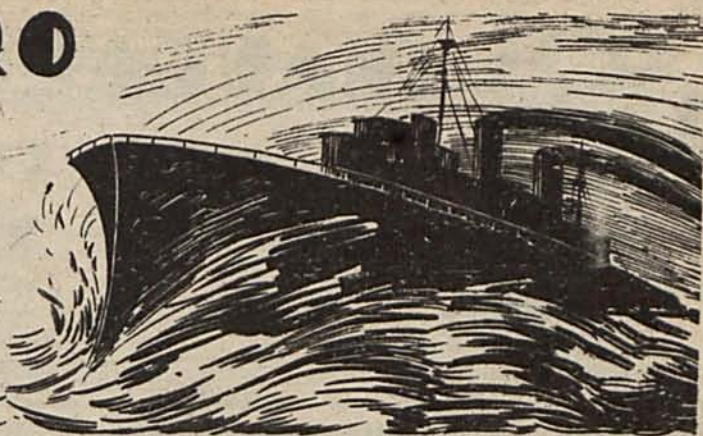
Una vez que Paddy y Bob hubieron entregado los verdaderos ladrones a la policía, Fred fué puesto en libertad. De este modo, gracias al agudo olfato de Trailer, se hizo justicia a un inocente.

¡¡HA TERMINADO!!

# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA

ANADITE



(Continuación.)

Hacia un año que había entrado en la Casa Lobster y había dado tales pruebas de inteligencia y previsión comercial y de energía, que el armador había decidido elevarle al cargo de capitán de armamento y..., ¿cómo no...?, darle su hija; porque el gran Mr. Cyrus tenía una familia que le compensaba de las zozobras inherentes a todo negocio.

De esto se hablaba en voz baja entre los demás empleados de la casa, y no sin malicia y algo de envidia.

El capitán Jaime Davy reconocía los méritos de mister Wendover, aunque entre ellos existiese algún rencor a causa de un violentísimo altercado surgido cierto día por motivos del oficio, y que sólo la autoridad del armador había impedido que degenerase en drama.

Pero Jaime Davy nada tenía, al menos en apariencia, que envidiar a su adversario; su posición en la casa era firme y elevada y la hija del armador, tan hermosa como era, no podía ser objeto de su codicia, porque ya era esposo y padre feliz. ¡Miss Ellen tenía a la sazón poco más de diez años y era un capullito de rosa!

No pensaba así, en lo que a Mr. Wendover se refiere, el cajero de la casa, Mr. Flaxman, joven de treinta y dos años, activo, pero ambicioso, verdadera encarnación del calculador que todo lo reduce a cifras y sabe ocultar con su impasibilidad o con una sonrisa todo cuanto se agita dentro de su alma.

Mr. Flaxman y Jaime Davy tenían entre sí cierta semejanza física, la cual, sin embargo, se limitaba a la estatura y a que ambos tenían toda la barba, cortada igualmente a la moda: muy rubia, Mr. Flaxman; de color castaño, mister Davy.

En cuanto a la parte moral, diferían por completo.

La excesiva actividad que desplegaba Mr. Flaxman no estaba exenta de cálculo: la hija del armador había despertado en él sentimientos difíciles de determinar; probablemente el amor y el interés habían hecho alianza en su corazón para incitarle a tan magnífica conquista.

Dicho esto, difícil será comprender la impresión hecha en este hombre por las palabras del armador.

Se estremeció como si hubiese sido mordido por una víbora y dedicóse a repasar una cuenta que estaba seguro de haber equivocado.

Mr. Cyrus Lobster contó con visible satisfacción la suma contenida en la cartera, tomó nota del número de billetes y obligaciones y luego, después de haber guardado en la cajita de su escritorio dos fajos de billetes de cincuenta mil pesetas cada uno, que necesitaba para algunos pagos, pasó el resto de la suma a la caja y se levantó satisfecho de la jornada.

—Bien, querido Wendover —dijo volviéndose de nuevo al joven—. ¿No estáis convencido de que merecéis una gratificación?

—De ningún modo —respondió Mr. Alberto riendo—. No he hecho más que cumplir con mi deber.

—Todos cumplimos con nuestro deber —prosiguió el robusto viejo frotándose las manos—. A veces hacemos algo más. Basta; os espero a comer en mi casa. Allí os daré una buena noticia. ¡Hasta la vista, amigos míos!

El armador salió, seguido poco después de Alberto.

El capitán Davy y el cajero, al quedarse solos, se miraron. Mr. Flaxman, a despecho de su arrogancia, había palidecido.

—He aquí un hombre afortunado —dijo con voz sorda.

—Sí —repuso el otro—; pero es preciso reconocerlo, bien lo merece.

—¡Ah! ¿Decís...?

—Digo aquello de que estoy convencido.

—Hum... Veremos quién se casará, al fin, con la hija de Mr. Lobster.

El capitán Davy se echó a reír con aire malicioso.

—Haced cuenta de que todo ha concluido —dijo—. Creo que los dos jóvenes se han entendido ya...

El cajero enmudeció y se sumió de nuevo en sus cálculos. No obstante, hubiera necesitado aire, soledad, un horizonte amplio. ¡Entre aquellas cuatro paredes se ahogaba!

...

Al día siguiente una extraña, increíble noticia recorrió toda la población comercial que vive su vida febril en los maravillosos docks de Liverpool.

Mr. Alberto Wendover había sido arrestado, acusado de robo por valor de cien mil francos, cometido en perjuicio del armador Cyrus Lobster.

Las circunstancias en que el hecho se había desarrollado despertaban los más vivos comentarios por su singularidad.

A la hora en que se cerraban sus oficinas en Lime Street, el señor Cyrus Lobster había vuelto a su despacho y había abierto el escritorio para sacar de la cajita donde los había puesto pocas horas antes, los dos fajos de billetes por un valor total de cien mil francos.

No estaban allí.

Después de una cuidadosa busca, no presentando el mueble señal alguna de fractura, el armador, que no sospechaba de robo alguno, estaba convencido de haberse llevado tan enorme suma en un momento de distracción y de haberla dejado en casa o, en el peor de los casos, de haberla perdido.

Pero tales suposiciones no tardaron en resultar por completo faltos de fundamento, y Mr. Lobster vióse precisado a denunciar a la policía la misteriosa desaparición de los dos fajos de billetes.

Hizo la denuncia en la mañana del día siguiente, considerándola como una simple formalidad: excluía en absoluto la hipótesis de un robo, el cual, en tal caso, no habría podido ser consumado más que por uno de sus empleados.

Y eso era absurdo.

Pero la policía, que es un Argos con cien ojos y no entiende de ternezas, no pensaba de la misma manera, precisamente. Dispuso, por tanto, un registro en los domicilios de todos los empleados de la casa Lobster, y en el cuarto del soltero de Mr. Alberto Wendover encontró escondidos en el respaldo de algunos cuadros, entre la estampa y el cartón, billetes por valor de cincuenta mil francos.

Fué como un rayo para el desgraciado joven, que estaba presente y no supo dar otra explicación de aquello que afirmar que no sabía nada, y que todo para él era un enigma.

Desgraciadamente fueron confrontados los números de cada billete con la nota que había tomado el mismo armador, viéndose que correspondían completamente.

La prueba era gravísima, aplastante, como dicen los jurisconsultos, añadiéndose la circunstancia de que Alberto Wendover había pasado la noche fuera de casa, sin que quisiera decir dónde.

Esta obstinación suya fué explicada de un modo bien sencillo: había pasado la noche en alguna casa de juego clandestina, donde se ganan y se pierden en pocas horas patrimonios enteros, en la que el tapete verde habría devorado los cincuenta mil francos, de los cuales no se encontraba rastro.

Alberto Wendover, a tal explicación, respondió con un encogimiento de hombros.

—Yo no juego —dijo—; no he jugado nunca. Juro ante Dios y por la sagrada memoria de mi madre y de mi padre, difuntos, que soy inocente.

Mas la justicia humana no cree en juramentos; cree en pruebas, y Alberto Wendover fué arrestado como autor del robo cometido en perjuicio del señor Lobster.

El bueno del armador no podía tranquilizarse pensando cuán tontamente se había engañado. Estaba furioso.

(Continuará en el número próximo.)



# CHAUDAR EL PESCADOR

## CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

bonazos seguidos. Entonces oírás una voz que dirá: «¿Quién llama a la puerta de los tesoros, que no sabe desatar los misterios?» Tú responderás: «Soy yo, Chaudar el pescador, hijo de Omar.» A estas palabras se abrirá la puerta y aparecerá ante tus ojos un individuo con una espada en la mano, el cual te dirá: «Si tú eres este hombre, extiende tu cuello para que te corte la cabeza.» Adelanta tu cuello y no temas, pues en el momento que levante su brazo y te toque con la espada, caerá a tus pies y al instante lo verás como un cuerpo sin alma, y no sufrirás ningún daño de la herida ni te sucederá nada malo; pero si le opones la menor resistencia, te matará irremisiblemente. Una vez que hayas anulado su talismán con la obediencia, entra y verás otra puerta: llama y te saldrá al paso un caballero montado en su alazán y armado con una lanza, y te dirá: «¿Por qué has llegado a este lugar, donde no puede entrar ni hombre ni genio?» Y blandirá la lanza contra ti; preséntale con valentía el pecho, él te herirá, pero al instante caerá como cuerpo sin alma: mas si te resistes lo más mínimo, te matará sin remedio. Sigue adelante; pasa otra tercera puerta, en la cual se te opondrá al paso un hombre con un arco y sus flechas, apuntándote: preséntale el pecho, él te disparará, pero caerá delante de ti como cuerpo sin alma; en cambio, si tratas de resistirlo, te matará. Pasa a la cuarta puerta y llama: se abrirá y aparecerá un león enorme, que se arrojará sobre ti con sus grandes fauces abiertas para devorarte; no temas ni huyas de él; métele la mano en la boca, y apenas te muerda caerá al suelo sin haberte hecho daño alguno. Y sigue adelante.

Al llegar a la quinta puerta saldrá a tu encuentro un esclavo negro, que te preguntará: «¿Quién eres?» Contéstale: «Soy Chaudar.» Y él te replicará: «Si verdaderamente tú eres este hombre, abre la puerta sexta.» Avanza hacia la puerta y di: «¡Oh Jesús, ordena a Moisés que abra la puerta.» E inmediatamente se abrirá. Entra y verás dos grandes serpientes, una a la izquierda y otra a la derecha, con sus bocas abiertas y amenazándote con tragarte sin tardar: mételes tus manos en la boca, ellas te morderán, pero no te harán daño, y si tratas de resistir te matarán. Sigue adelante, llama a la puerta séptima, y aparecerá la sombra de tu madre. «¡Bien venido, hijo mío!» —te dirá—. «Acércate, acércate, para que te salude.» Tú le contestarás: «¡Apártate de mí! ¡Quitate tus vestidos!» «Hijo mío —te contestará ella—. Yo soy tu madre, tengo derecho a que me respetes, ya que te amamanté y te crié. ¿Por qué quieres desnudarme?» Tú le responderás: «Si no te quitas inmediatamente tus vestidos, te mataré.» Y si vuelves los ojos a tu derecha, verás un sable colgado en la pared: cogelo y, levantándolo en alto, dile: «Desnúdate.» Y tratará de desarmarte con astucias y con humillaciones: no te apiades de ella, sino que cada vez que se despoje de algún vestido, tú insistirás, diciéndole: «Quitate el resto», y no dejarás de amenazarla con la muerte, hasta que se desnude por completo y caiga al suelo.

Entonces se habrán descubierto los secretos e inutilizado los talismanes, y tú podrás estar seguro. Entra y te encontrarás montones de oro dentro del tesoro; no te preocupes de nada de aquello, sino fíjate en una especie de tribuna que habrá en medio de la sala y que estará cubierta con una cortina; descórrala y hallarás dentro al mago Axxamardal, dormido en un trono de oro; sobre su cabeza verás una cosa redonda, refulgente como la luna: ésta es la esfera celeste; a su cintura llevará ceñido un sable; en su dedo, puesto un anillo, y en el cuello, una cadena de la cual pende el vaso de *kohol*. Coge las cuatro joyas, y cuida de que no se te olvide nada de lo que te he dicho, de hacerlo tal como te lo he indicado, pues te arrepentirás y redundará en perjuicio tuyo.

Repitió una, dos, tres veces el encargo, hasta que Chaudar le contestó:

—Lo sé ya bien; pero ¿quién es capaz de afrontar al poder de los talismanes que has mencionado y soportar estos horrores?

—No temas, Chaudar, son cuerpos sin alma —le replicó, tranquilizándolo.

—¡En Dios pongo mi confianza! —exclamó Chaudar, decidido a todo.

El magrebí Abdessamad echó el incienso al fuego y principió el conjuro. Al cabo de un rato, el agua se fué retirando y fueron viéndose las arenas del río; apareció la puerta del tesoro. Bajó Chaudar al fondo, llamó a la puerta y oyó una voz que decía: «¿Quién llama a la puerta de los tesoros, que no sabe desatar los misterios?» Contestó: «Soy yo, Chaudar, hijo de Omar»; y se abrió la puerta, saliéndole al encuentro un individuo con una espada desenvainada. «Extiende tu cuello» —dijo a Chaudar—; hizolo éste así, lo hirió, y el fantasma cayó muerto. Lo mismo sucedió con la segunda y con la tercera, y con las demás, hasta que deshizo el encanto de las seis puertas.

Al fin apareció el espectro de su madre.

—¡Salud, hijo mío! —le dijo.

—¿Quién eres tú? —preguntó Chaudar.

—Soy tu madre —contestó la sombra—; soy la que te llevó nueve meses en su seno, la que te amamantó a sus pechos, la que te crió y educó.

—¡Quitate los vestidos! —le gritó Chaudar.

—¿Por qué, hijo mío, por qué? —suplicaba el espectro—. Soy tu madre, tengo derecho a que me respetes. ¿Por qué hacerme pasar la vergüenza de la desnudez?

—¡Quitate los vestidos! —insistía Chaudar—; porque si no, te cortaré la cabeza con esta espada. Y extendiendo la mano, cogió la espada y la levantó en alto, diciéndole: —Si no te desnudas, te mataré.

Entre ambos se entabló una lucha feroz; Chaudar iba intimidándola con sus amenazas y ella se quitaba algún vestido. «¡Quitate los otros!» —gritaba Chaudar—, «quitate el resto», y la obligaba a que siguiera desnudándose. Ella se resistía, diciéndole: «¿Dónde se ha ido tu educación?» Y cuando ya sólo le quedaba un vestido, exclamó:

—¡Oh hijo mío! ¿Acaso tu corazón es una piedra? ¿Me harás pasar por la afrenta de la desnudez? ¡Esto es pecado!

—Llévase razón —exclamó jadeante Chaudar, no te desnudes.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se oyó una gran voz que decía:

—¡Ha fracasado!

Y sintió que sobre su cuerpo caían los golpes tan abundantes como las gotas de la lluvia; todos los servidores del tesoro se juntaron y le dieron una paliza que en su vida podía olvidar. Lo cogieron, lo echaron fuera del tesoro; la puerta se cerró y las aguas volvieron a subir y a tapar la entrada.

\*\*\*

El magrebí retiró a tiempo el cuerpo inerte del desgraciado Chaudar. Recitó sobre él conjuros hasta que se despertó y se le pasó el desvanecimiento y, cuando recobró sus sentidos le dijo:

—¿Qué has hecho, desgraciado?

—Había ya vencido todas las dificultades —contestó Chaudar—, cuando llegué a la sombra de mi madre. Peleamos largo rato, y yo logré que se despojara de todos sus vestidos menos uno; entonces ella me reprochó la falta que cometía, y yo cedi, dándole la razón. Una voz formidable gritó: «Ha fracasado.» Manos de gentes que no sé de dónde salieron me golpearon ferozmente: caí desvanecido; después, no sé lo que pasó.

(Continuará en el número próximo.)

Los mejores Pinochistas son mis suscritores. Los mejores suscritores son los que conservan todos los números cuidadosamente y los encuadernan a fin de año con las magníficas tapas que he mandado hacer especialmente.

PINOCHO

# EL PAJARO DE ORO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

Quedaron éstos atónitos y estupefactos al oír las maravillas de su narración y mostráronse agradecidos por el rescate que había hecho de ellos, librándolos de una muerte segura y deshonorosa.

Al día siguiente, muy de mañana, salieron todos juntos con dirección al hogar paterno. Los hermanos de Alejandro iban caballos en dos magníficos bridones que éste les ofreció, y durante el camino apenas si tuvieron tiempo para otra cosa que para hablar de las bondades de su hermano y de su infinito amor y cariño para todos.

Una tarde de un día estival se detuvieron nuestros caminantes a descansar un poco de las fatigas del viaje cerca de un lago y tomar algún alimento. Aprovechando un descuido de Alejandro y Elena, echaron sus hermanos unas gotas de un narcótico en las copas de aquéllos, no tardando el líquido en producir sus naturales efectos. Al momento arrojaron al misero Alejandro en el lago existente en un bosque próximo, no sin atarle previamente una gran piedra al cuello para que no pudiese salir a flote.

Hecha esta operación y regresando al instante, tendiéronse sobre el verde césped y aparentaron estar dormidos.

Cuando Elena despertó y echó de menos a Alejandro, la dijeron sus desnaturalizados hermanos que habían dormido profundamente e ignoraban su paradero, manifestando al mismo tiempo que tal vez habría sido secuestrado o víctima de la fiera de algún animal o duende invisible. Para que no pudiera sospecharse de ellos fingieron buscarle por aquellos alrededores y manifestaron, al fin, a la princesa que no tenían inconveniente en llevarla consigo a casa de su padre si les juraba no nombrar jamás a su hermano y si estaba pronta a decir que ellos solos habían encontrado el pajarito, el potro y a ella misma. Y si a todo esto no estaba dispuesta y se rebelara, la matarían en el acto.

Prestó la princesa el juramento exigido, y emprendiendo todos nuevamente el viaje, no tardaron en llegar a la casa paterna, donde aún continuaba enfermo el rey, quien, no obstante, se llenó de gozo y contentamiento al ver a sus dos hijos.

Y cuando le contaron éstos que traían el pajarito de oro, cuyos armoniosos trinos le habían de curar de su dolencia, el espléndido caballo de finísimo pelo de oro y plata y la princesa más angelical y bellísima del mundo, celebró la audacia, las cuitas y el valor esforzado de sus hijos, así como el filial cariño que le demostraban.

Momentos después colocaron el pajarito de oro sobre el lecho del enfermo. Mas no parecía sino que había quedado mudo y no abrió una sola vez el pico. También fué llevada la bella princesa a la real presencia del monarca. Mas, respetuosa y humilde, prorrumpió, al besar la mano del enfermo, en tan amargo llanto que le impidió pronunciar una sola palabra. Diéronla alojamiento en una de las mejores y más suntuosas habitaciones altas de palacio y un buen número de doncellas para su servicio. Pero la princesa, con el recuerdo triste del pasado, permanecía casi siempre en actitud pensativa con las manos clavadas en sus rosadas mejillas y llenos sus rasgados y bellísimos ojos de lágrimas amargas de eterno dolor y desconsuelo.

El potro fué llevado a la cochera. No quiso comer ni beber, ni consintió que nadie se le acercase y poníase furioso cuando alguien intentaba siquiera acariciarlo, resultando de todo ello que, no obs-

tante la rara hermosura de la princesa y de las preciosidades que constituían el pajarito y el potro de oro, en el palacio no había sino tristezas y duelos, y no la alegría que era de esperar, por el regreso de tan queridos como deseados huéspedes...

Volvamos ahora a encontrar a Alejandro.

Después que fué arrojado al lago donde quisieron sus hermanos labrarle su sepultura, el raposo célebre de esta historia, que no andaba muy lejos de allí, le sacó del fondo del lago y le tendió amoroso sobre la hierba.

Cuando Alejandro despertó y vióse en el deplorable estado en que se hallaba, al pretender reflexionar un momento, oyó la voz conocida del raposo, que le dijo:

—Eres un mal mandado, Alejandro, y no tengo otro remedio que despedazarte, pues que libraste de la horca a personas perdidas e ingratas y de imposible regeneración y enmienda.

—Amigo mío —contestó Alejandro—, es cierto lo que dices; pero ten al menos compasión de mí, que no soy, en suma, sino un desdichado; sigue aún generoso y ayúdame hasta la terminación de mi empresa.

—No lo mereces —replicó el raposo—, porque está visto que cuantos consejos por tu bien te he dado han sido inútiles y baldíos y permaneciste sordo a mis mandatos. Pero, en fin, quiero ayudarte todavía y compadecerme de tu situación. Marcha inmediatamente al palacio de tu padre que, te aseguro, no serás de nadie conocido. Se te admitirá en él como uno de tantos servidores, si dices que eres veterinario. Te encargarán en el acto de la asistencia del potro, que está loco y no come nada. Lo demás corre de tu cuenta, sin perjuicio de que vaya yo arreglándolo todo satisfactoriamente. He de hacerle, no obstante, una observación. Llegará el día en que se celebren tus bodas con la princesa. En la noche de ese mismo día, antes de sentaros a la mesa, sales

al viento Levante de palacio, donde me encontrarás, y te diré lo que debes hacer.

Prometió Alejandro al raposo seguir sus indicaciones, y emprendió en seguida el camino con dirección a su casa. Cuando llegó a ella, se presentó al caballerizo mayor y le dijo que era veterinario y deseaba prestar allí los servicios de su profesión.

—En buena hora vienes —le contestó aquél— porque el hermoso caballo que trajeron los príncipes de su viaje al Oriente, está completamente loco, y bien puedes ejercitar con él las habilidades de tu arte.

Alejandro se dirigió en el acto a la cuadra donde estaba el potro. Tan pronto como éste le vió, principió a relinchar con tan visibles muestras de agrado, que tomó en el momento una actitud bien visible de mansedumbre y afecto. Comió de cuanto Alejandro le ofreció de su propia mano, y no tardó en ponerse el animalito completamente bueno y rozagante de satisfacción y alegría.

—Observo —le dijo, ante aquel milagro, el caballerizo— que eres un hechicero, y será preciso te encargues también de la cura de otro animalito que con el potro trajeron los príncipes. Se trata de un pájaro de plumas de oro.

Dicho esto, acompañó a Alejandro a la estancia donde estaba el pajarito en su jaula, y no bien sintió los pasos de su dueño, cuando, saltando en ella de gozo, y abriendo esponjado las alas y el pico como para recibir las caricias de Alejandro, comenzó luego a cantar





de tan bella manera, que conmovían y ensismaban sus notas de arpegios ideales.

Cuando llegaron a oídos del rey aquellos trinos melodiosos y dulces, principió a mover los pies y las manos en todas direcciones, y, como por milagro, se halló curado, y mejor, y con más salud que antes de su penosa enfermedad. También Elena, subyugada por aquel canto del mejor de los ruiseñores, corrió adonde el pajarito cantaba, y al encontrar allí a Alejandro, dueño de su vida, con la espontánea alegría de que era capaz, le colmó de caricias.

Entonces dió Alejandro las explicaciones al caso, relatando primero su salvación, cómo había conseguido salir del estanque, y luego sus anteriores aventuras, sus luchas continuas para conseguir el pajarito dorado, el potro de oro y la preciosa princesa encantada. Relató después los encuentros con sus hermanos y cómo, a su regreso, encontró a aquéllos en situación terrible, camino de un castigo durísimo.

La noticia de la llegada de Alejandro corrió inmediatamente por el palacio, y la alegría y la sorpresa apareció visible en todos los rostros. Lo que para todos era una felicidad constituyó en seguida para los dos hermanos de Alejandro motivo de tremendo pesar y de horrible miedo.

Tan pronto como tuvo el rey conocimiento de la verdad mandó prender y encerrar en oscuros calabozos a sus hijos mayores, para que allí terminasen sus desatinos de una vez y para siempre, y nombró su heredero universal al bondadoso Alejandro, que por su reconocido amor filial había pasado por todas las privaciones, hasta conseguir la salud de su amado padre, el cual mandó a la vez, que sin pérdida de tiempo se hicieran todos los preparativos necesarios para la boda de su hijo con la angelical princesa.

No hay para qué contar el lujo y fausto con que hubo de adornarse el palacio en aquellos días. El rey, junto con la gran satisfacción de recobrar la salud, tenía la alegría no menos grande de ver a su lado a su hijo Alejandro, sin duda el mejor, el más valeroso y bueno de los príncipes de la tierra. Así se comprenderá el derroche que hizo el rey en honor de Elena y su prometido. La fachada del palacio fue retocada y pintada y adornada luego con las más bellas flores del país; los balcones, durante toda la noche, mantenían vigilantes y luminosas fantásticas lámparas orientales, y hasta la torre, alta como la de una iglesia, ofrecía en la obscuridad nocturna luces rojas, verdes y gualdas. Y no hablemos del interior del palacio, reluciente en sus mármoles, en sus alabastros, en sus oros; más lujoso que nunca con sus cortinajes, sus terciopelos encarnados y sus lujosos y fastuosos muebles. De noche, encendidas todas las luces, el palacio del rey era una maravilla, un ensueño, el más grandioso y luminoso palacio del mundo.

La noche del día en que la boda tuvo efecto, y antes de sentarse al banquete que seguía a aquélla, se dirigió Alejandro a la parte este de palacio, donde halló, como se le tenía ofrecido, al raposo del cuento.

Cuando estuvo cerca de él, dijo a Alejandro:

—Ahora debes ayudarme para remunerar de algún modo los innumerables servicios que te he prestado. Para ello has de cortarme inmediatamente la cabeza; pónmela en la parte superior; córtame también el rabo y colócalo en la parte inferior.

Quedó Alejandro indeciso, y creyendo que se burlaba de él dijo al raposo que no podía tratar tan mal a quien tanto bien le había hecho.

Insistió el raposo en su pretensión, con la amenaza de que si no ejecutaba sus órdenes, no le costaría gran trabajo volverle al estado deplorable en que estaba cuando le echaron sus hermanos en el lago,

del cual le sacara ileso. Y ante tal insistencia, obedeció Alejandro.

En aquel preciso instante desapareció la visión del raposo, y quedó en su lugar un hombre de edad avanzada y de apariencia real y majestuosa.

La sorpresa de Alejandro no tuvo límites. Nunca había creído, naturalmente, que el raposo fuera un animal como los demás; pero nunca creyó que fuese una persona encantada, ni mucho menos un hombre tan venerable y respetable.

—¿Quién sois? —le preguntó el príncipe.

—Ahora lo sabrás —respondió el anciano.

—¿Sois de este país?

—En él he nacido.

—¿Sois de la ciudad?

—He nacido en tu palacio.

—¿En mi palacio?

—Soy de tu familia. Conozco a tu padre, a tus hermanos, conozco a tu madre.

—¿Y mi padre sabrá quién sois, os reconocerá?

—Apenas me vea, tu padre reconocerá en mí a su... Pero paseemos al comedor —agregó el anciano sin concluir la frase.

No bien le hubo visto el rey, cuando reconoció en él a su hermanastro, mayor que él, y el único y legítimo heredero del trono, que por haberle transformado su madrastra en un raposo, le había echado a los montes para que, sin dificultad ni peligros, pudiera su hijo reinar en lo sucesivo.

Cuando el rey se percató de la real presencia de su hermano, manifestó públicamente sus deseos de abdicar en él el trono, reconociendo el mejor derecho que tenía al reino que injustamente él disfrutaba. Pero su hermano, con una liberalidad que le honraba, contestó al punto:

—Seré rey por esta noche solamente, y desde mañana, es mi deseo sea tu hijo Alejandro el monarca único de estos reinos, y nosotros dos sus ayudantes y fieles consejeros para que disfruten también, con la ayuda de Dios, de las tres maravillas que trajo de su penoso viaje, a saber: la mujer bellísima e ideal y dechado de todas las virtudes que el destino le dió por esposa, el alazán más soberbio y brioso de todos los conocidos y el pajarito más bello de la tierra.

Y son mis deseos, en fin, que se perdone generosamente a tus desnaturalizados hijos y sobrinos míos.

Todo se hizo como lo ordenó el hermano del rey.

Por espacio de muchos años reinaron en el país, con el amor inmenso de sus súbditos, Elena y Alejandro, en compañía del rey y de su hermano, con cuyos nobles consejos y advertencias saludables, fueron aquéllos los reyes más célebres y prudentes del mundo.

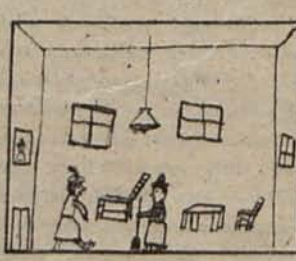


FIN



Un elegante.

VICENTE VERA.  
Madrid.



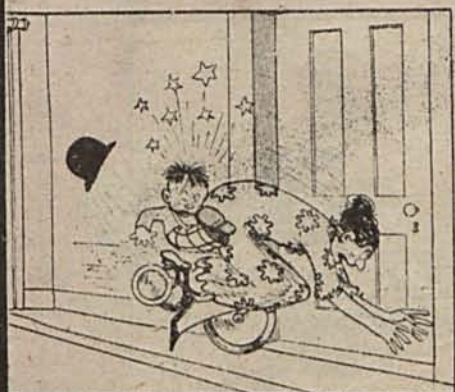
—¡Portera, deme un cuchillo, que me voy a matar!  
—¿Que se va usted a matar?  
—Sí; me voy a matar si no me corto este trozo de suela.

J. DIAMANTE.



Un boxeador.

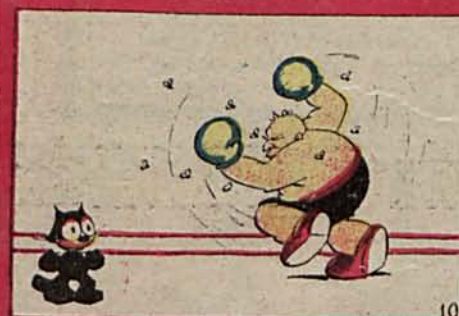
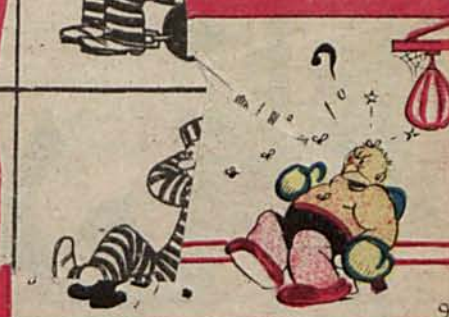
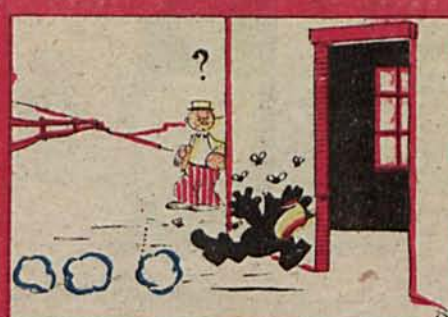
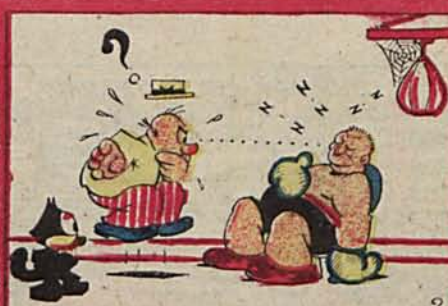
CARLOS G. ESTE-  
ILLES.







# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



## LAURA, LA COTORRA INDISCRETA



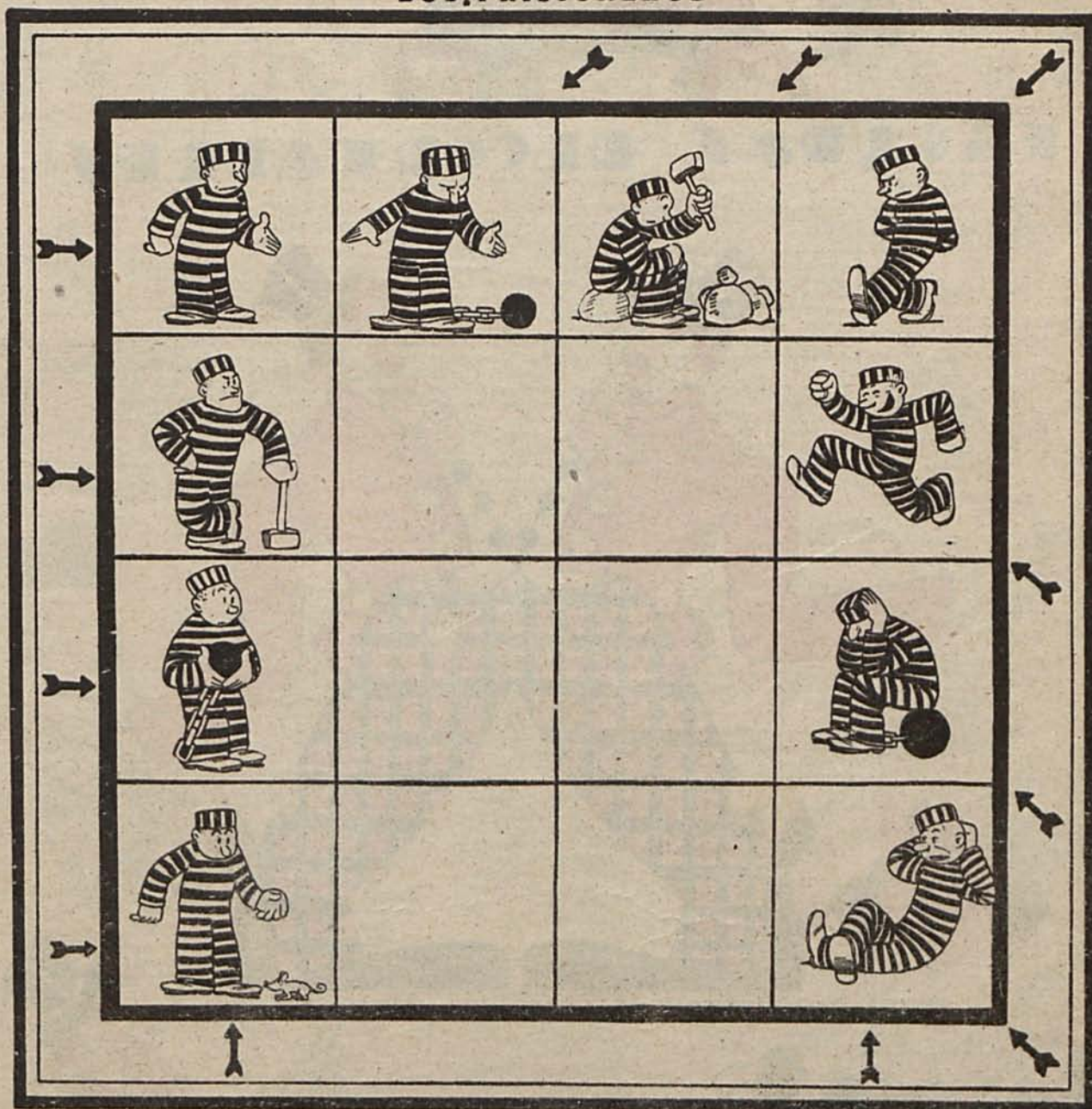
# COLORÍN Y SU PANDILLA

¡ESO DE QUE ME ESPERE MI HERMANA ESTÁ MAL, PERO QUÉ ME ESPERE EN MI CUARTO ESTÁ MUCHO PEOR!

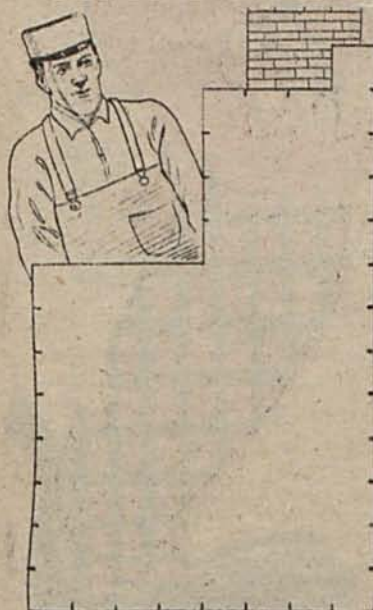


# CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

## LOS PRISIONEROS



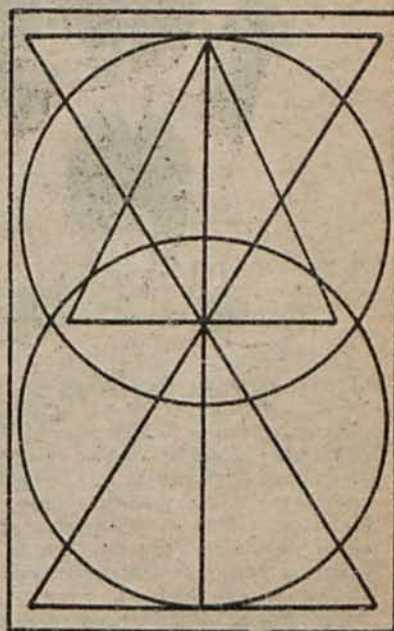
### CORTE DIFÍCIL



Este obrero que veis aquí tiene que construir un trozo de latón perfectamente cuadrado con ese trozo de forma irregular que veis en el presente dibujo. Los trozos en que ha de dividir el latón son tres. ¿Qué forma han de tener éstos y cómo han de estar colocados para que con ellos resulte al unirlos un cuadrado?

He aquí una prisión singular. Como veis, esta prisión se compone de 16 celdas, de las cuales sólo 10 están ocupadas. El carcelero era un hombre muy dado a los problemas y un día se planteó el siguiente, que es el que aquí os doy: El número de calles, tanto horizontales como verticales, en que hay más de un preso, es de 12. Fijaos en la dirección de las flechas. Una mañana sacó a algunos de los presos de sus respectivas celdas y los colocó en otras, de forma que al contar las calles en que había más de un preso, tanto en sentido horizontal como vertical u oblicuo, vió que el número de estas calles era de 17. ¿Cómo fué la nueva colocación de los presos? Para la solución mandadme una cuadrícula de 16 cuadros, indicando con una cruz las celdas en donde creáis fueron colocados los presos.

### CON SÓLO UN TRAZO



He aquí un bonito ejercicio que, de seguro, os entretendrá algún tiempo, y que vosotros, formidables geométricos y hábiles dibujantes, resolveréis al fin.

Se trata simplemente de hacer este dibujo de un solo trazo, sin levantar el lápiz de papel y sin pasar dos veces por el mismo sitio. En la solución indicada con flechas la dirección del trazo y punto de partida.

### CUPON DE SOLUCIONES DEL MES DE OCTUBRE

ENVIO DEL SUSCRITOR <sup>(1)</sup>

D. ....

calle de .....

núm. .... Pueblo .....

Provincia .....

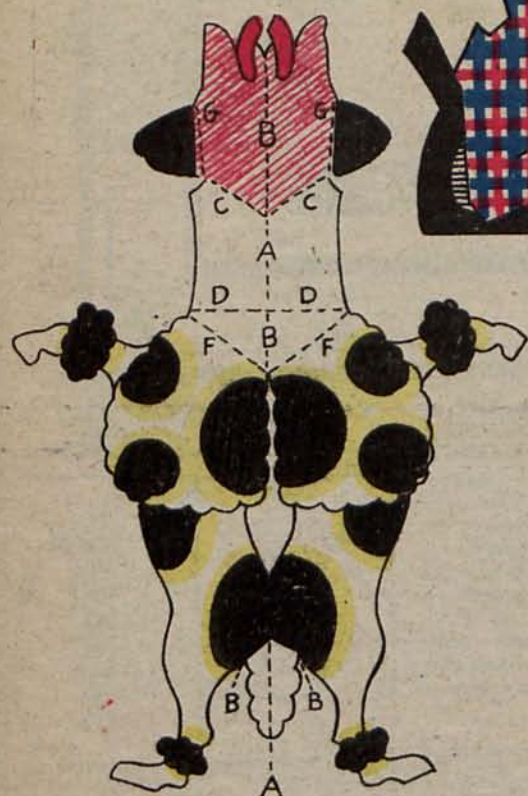
(1) — Sólo los suscritores pueden tomar parte en el Concurso de Problemas y Pasatiempos.

P. N. O. (N.º 89)

# SECCIÓN RECREATIVA



## FIGURAS RECORTABLES



### INSTRUCCIONES

**El payaso.**—Recórtese cuidadosamente por la línea exterior y dóblese por la línea A, quedando esta línea hacia afuera, y por la línea B hacia adentro, quedando los brazos hacia adelante, como indica el modelo. Péguense el cuerpo y la cabeza un lado con otro, dejando sueltas las piernas y brazos.

**El perrito.**—Recórtese como el payaso, y dóblese por las líneas A, C, F y G hacia afuera, y por las líneas B y D hacia adentro. Péguense la parte rayada con rojo un lado con otro, y el cuello por dentro, dejando sin pegar el cuerpo, patas y manos. Doblad el rabito un poco hacia arriba.

### NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos preciosos muñecos.

Si no queréis recortar las figuras del periódico, para conservarlo entero, podéis calcarlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, además, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintáis como el modelo.

# COLABORACION PINOCHISTA



**El PINOCHO o la vida.**  
LORENZO MORALES.  
Doce años. Barcelona.



**Chapete.**  
OTTO V. GOLD.  
Ocho años.



**El pensamiento de Pirula.**  
RUBÉN M. BUSTELOS.



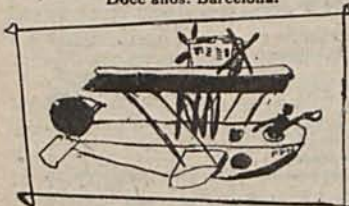
**Mi finca.**  
OCTAVIO LINARES-RIVAS.  
Seis años. Navalcarnero.



**Currinche.**  
INOCENCIO GUERRERO.—Cinco años.



**Artista, por FELIPE SÁNCHEZ.**  
Diez años. Madrid.



**Franco llega a Buenos Aires.**  
ROGELIO M. LAUGHLIN.



**Un chino.**  
LUIS GUERRERO.  
Diez años. Madrid.



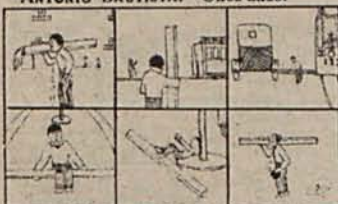
**Toros y toreros.**  
EDUARDO AMÉS.—Doce años. Oviedo.



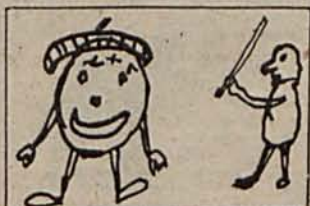
**El caballo de papá.**  
AMALIA BAGÜE.  
Cuatro años. Zaragoza.



**Don Quijote y Sancho.**  
ANTONIO BAUTISTA.—Once años.



**Historieta muda.**  
JOSÉ BEA.—Trece años.



**Palos a Chapete.**  
V. G.



**Pirula plancha.**  
EDUARDO GÓMEZ.  
Ocho años.



**Pinocho, de carreras.**

MARÍA F. ROBES



**Mi casita de verano.**  
CONCHITA NÚÑEZ.—Diez años.

## El hipnotizador.

Aquella tarde, Antonio, niño de doce años, se fué al teatro a ver un famoso hipnotizador. Jamás había visto hipnotizar; pero desde aquel día a cada hora repetía: «¡Ah!, ¡si yo supiera hipnotizar!

Algunos días después, y cuando se disponía a acostarse, se le apareció una joven hermosísima y vestida muy lujosamente, la cual le dijo: «Antonio, voy a colmar tus deseos; pero me has de prometer que emplearás tu poder hipnótico como Dios manda. ¿Me lo prometes?» «Sí, os lo prometo» —contestó Antonio—. «Pero si por el contrario —prosiguió la dama— lo empleas mal, recibirás un tremendo castigo». Y dicho esto, desapareció.

En los primeros días Antonio cumplió fielmente su promesa, pero pasado algún tiempo, y como en el fondo no era bueno, se dedicó a hipnotizar a simples obreros, haciéndoles que le entregasen su escaso jornal.

Pasaron los años, y de esta manera consiguió reunir una regular fortuna, cuando dirigiéndose un día a un anciano empleado para sustraerle por medio del hipnotismo su sueldo, vió con sorpresa que el anciano se erguía y que, despojándose de su pobre traje, aparecía la hermosa joven que le concedió su fuerza hipnótica. «Infame —le dijo—. ¿Es así como cumples tu promesa? Desde hoy no podrás jamás hipnotizar y volverás otra vez a vivir en la miseria». Esto nos enseña queridos niños, que debemos ser fieles a nuestras promesas, evitando así que nos ocurra lo que al niño del cuento.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.

## ¡Venga frío!

Era don Pedro un señor muy gordo y muy colorado, soltero, acaudalado y enemigo del calor, pero enemigo implacable, furioso, que sólo en invierno era don Pedro tratable; pues ver una mariposa, del calor primer indicio, y perder don Pedro el juicio fué siempre la misma cosa. «El invierno es el verano —decía—: yo no comprendo que pueda en un horno ardiendo quedar con vida un cristiano. Si el fuego funde metales y hace a las plantas morir, ¿cómo han de poder vivir en el fuego los metales? Cuando el calor se desata no hay un tormento mayor; y es natural. ¡Si el calor hasta los microbios mata. Por eso el invierno quiero con sus nieves y su frío, que yo del hielo me río con mi capa y mi brasero.»

Vino el invierno, y un día que mucho en Santander nevó, el buen don Pedro cayó enfermo de pulmonía. Tan grave fué la dolencia y tan deprisa marchaba, que infructuoso resultaba el auxilio de la ciencia. Perdida ya la esperanza cuando la temperatura que marcaba la calentura cuarenta grados alcanza, dijo don Pedro: «Ahora si que la vida se me va; me estoy abrasando y ya no hay remedio para mí. No se moleste, doctor; yo siempre estuve en lo cierto y ya ve usted cómo acierto: ¡lo que mata es el calor!»

ANGELITA CUEVAS.  
Trece años. Santander.

## Cuentecito.

Fuése de paseo un día con su mujer, Filomena, el borracho Luis Pavia, y hasta la hora de la cena no esperaban regresar; pero en un corro de amigas ella se metió a charlar y él siguió sin esperar que terminara el palique, y en la taberna de Enrique comenzábase a emborrachar. Ya bien entrada la noche, completamente embriagado, apease Luis de un coche bailoteando una mazurca, y un vecino que asomado estaba en una ventana, dijo: —Salí con una cristiana y vuelve con una turca.

ANTONIO IRIBERRI.  
Once años. San Sebastián.

## Las jardineras.

En un jardín frondoso vivían dos hermanas, pasando entre dulzuras los días de la infancia.

Justita, en coger flores y hacer bellas guirnaldas o andar entre mariposas jugando, el tiempo gasta, sin nunca pensar cómo su padre el pan ganaba.

Adela, su hermanita, juiciosa y afanada, ya cuida de la choza, ya limpia tiernas plantas y, a su padre imitando, se hacía una hortelana.

Un día que esta niña los apios escardaba, llegó Justa diciendo: —¿Por qué, Adela, te cansas?

—¿Por qué, cual yo, la frente de rosas no engalanas?

Siguió en silencio Adela regando unas patatas; mas Justa, retonzona, de su afán se burlaba..., no viendo la imprudente de su padre las canas. Mas, ¡ay!, murió el buen padre, y entonces la holgazana, con ayes infructuosos, lamenta su desgracia, que ya el dulce sustento consigue si trabaja.

También suspira Adela, que mucho al padre amaba; mas, triste y laboriosa, la huerta riega y labra, y, dócil, el terreno su afán en frutos labra.

MARÍA NIETO MOLINA.  
Doce años. Madrid.

VALENTÍN MONTE.  
Doce años. Oviedo.

## Presentación de Pinocho.

Dedicado a mi querida prima Pili.

Muy estimados amigos, Pinochistas en cuestión: aquí os presento a Pinocho, el gran rey del balón.

El más grande aventurero, el muñeco más genial, el domador más temido por todo el reino animal.

El descubridor del Polo, el que a la Luna llegó, el gran viajero que en Jauja de risa, a poco, murió.

El que con la gran Pirula, Currinche y Don Turulato, los domingos, en PINOCHO, nos hace pasar el rato.

Y aquí, Pinochista amable, terminé de presentar al domador más temido por todo el reino animal.

MARIANO JOSÉ MATEOS GALÁN.  
Trece años. Valladolid.

## Parecido.

—¿En qué se parece a una cocinera una calle en que haya nevado?

—No sé.

—Pues en que en la calle hace frío y la cocinera frie.

JULITO RAJAL.  
Nueve años. Madrid.

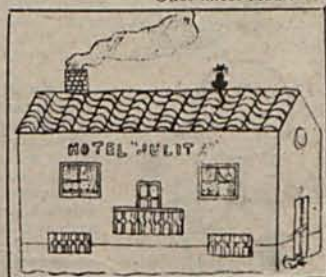
## Chistes.

—¿En qué se parece una taza de café vacía a otra taza de café llena caliente?

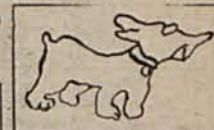
—¡...!

—En que la taza vacía s'acabao y en la llena caliente, el humo saca-bao.

DANIEL PÉREZ.  
Once años. Madrid.



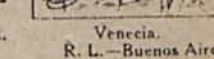
**Mi hotel.**  
JULITA ARRIBAS.  
Nueve años.



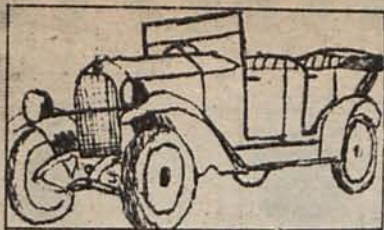
**Mi muchacha.**  
JUSTA PAGÉS.  
Ocho años. Madrid.



**Mi perro.**  
ADELA SOLER.  
Once años. Madrid.



**Venecia.**  
R. L.—Buenos Aires.



Citroën.  
ANTONIO ESQUIVIAS.  
Sevilla.



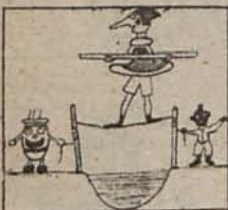
En pleno monte.  
LEONOR SIBÁN.  
Madrid.



Hacia la meta.  
A. C.—Madrid.



Casita de pueblo.  
MARIA DEL PILAR SÁENZ VALDEMORO.  
Madrid.



Puente pinochista.  
M.ª IG.ª SÁNCHEZ.  
Madrid.



Mi hermanito.  
MARIA RINCÓN.



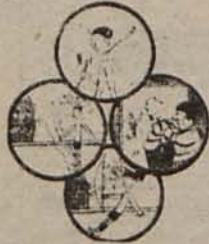
Pinocho.  
CÉSAR CAMPO.  
Cartagena.



Un niño muy mono.  
ASUNCIÓN UGARTE.  
Madrid.



La reina Comino.  
ELENA BASERA.  
Benicásim.



Historieta muda.  
JOSÉ M.ª MORENO.



¡A él!  
AMALIA ECHEVARRISTA.  
Nueve años.



Duquesita.  
CARMEN NONELL.  
Madrid.

## Una buena acción.

En una pintoresca ciudad de Andalucía habitaba un noble matrimonio que aunque no poseía grandes bienes de fortuna, tenían, sin embargo, lo bastante para poder vivir modestamente de sus rentas.

Como ambos eran buenos, Dios, para premiarlos, les había concedido un hijo, también muy bueno y aplicado, con lo que ellos completaban su felicidad en la tierra.

Jorge, que así se llamaba el niño, se divertía una mañana en oír el canto de las alegres golondrinas que, revoloteando por el jardín, iban y venían a comer las migajas de pan que él las echaba, a lo que las había acostumbrado.

Observando el padre de Jorge aquel cariño que su hijo sentía por las golondrinas, le dijo que hacía muy bien, porque las golondrinas, además de ser unos pájaros útiles a la agricultura, se complacían más que otras aves en buscar el trato de los hombres y en obsequiarlos con sus cánticos y que, en justa compensación, no se les debía perseguir, que esto mismo debía también hacer siempre con nuestros semejantes, que tenían un mayor derecho a ello, pues Dios no olvidaba nunca a los que así procedían.

—Es verdad, papaito —dijo el niño—, y en prueba de que yo tengo eso muy presente, te voy a contar una cosa que he hecho, y a pedirte, de paso, un favor.

Sentáronse a la sombra de un árbol, y Jorge continuó diciéndole:

—¿Te acuerdas papaito de aquel pobre viejo que el domingo pasado nos pidió una limosna? ¿Recuerdas qué triste era su voz, qué dulce su mirada y cómo me llenaba de bendiciones cuando le di el dinero que yo tenía?

—Sí que me acuerdo; los padres no olvidan nunca las buenas acciones de sus hijos.

—Pues bien, papá; después averigüé que ese anciano viene de lejos, y como no cuenta con recursos, no tiene qué comer, ni medios para poder llegar a su pueblo. Me ha dado lástima de él y he ido a buscarle y a ofrecerle todos mis ahorros del Monte de Piedad. El se ha negado a aceptarlos, diciendo que no debo hacerlo mientras tú no me des tu permiso, y yo, padre mío, te pido que me lo concedas, en la confianza de que eres muy bueno me lo has de conceder.

—Sí, hijo mío, con mucho gusto —respondió el padre besando la frente de Jorge—; corre a buscar a ese anciano y dile que venga, para que él mismo oiga de mis labios el permiso.

No se hizo repetir el niño la orden. Corrió a buscar al pobre anciano, y al poco rato volvió con él.

—Señor —dijo el pobre, contestando a preguntas que le dirigió el padre de Jorge—, yo soy un desgraciado que hace mucho tiempo falta de mi patria, a la cual vuelvo sin que nadie sepa de mí, pero con el deseo de unirme a un hijo que tengo en Madrid y de expirar en sus brazos. No tengo nada, y necesito de la limosna para comer, con objeto asimismo para llegar a donde deseo.

—Pues acepte usted los ahorros de mi hijo, que yo le doy mi permiso.

—Gracias, señor; muchas gracias, querido niño. Así podré ver realizado mi deseo y no morir antes de hambre. Pero permítame una pregunta antes de marcharme, hermoso niño: ¿Cómo es que tú te privas por mí de lo que pensarías hacer con ese dinero?

—¡Bah! —replicó Jorge—. Yo iba reuniendo para comprar un reloj de plata; pero como no es justo que otro carezca de lo necesario, tengo más gusto en que mis ahorros sean para usted.

Vertiendo lágrimas de gratitud besó el buen viejo la mano con que Jorge le alargaba su dinero, y colmándole de bendiciones se alejó de aquella estancia.

Algún tiempo después un desconocido llegó a casa de Jorge preguntando por éste:

—Yo soy —dijo el niño.

Y el desconocido le entregó una carta que el hijo de aquel pobre viejo le escribía, en la cual le participaba que después de muchos años de ausencia, había tenido la dicha de poder abrazar a su padre, y que éste le había contado su acción caritativa, por cuya acción lo bendecía desde lo más profundo de su alma, y como prueba de gratitud le enviaba un pequeño regalo que a su vez constituía todo el ahorro obtenido en su trabajo de pintor decorador.

El desconocido le había entregado con la carta una cajita que Jorge abrió lleno de emoción; y ¿qué direis que tenía dentro dicha cajita? Pues un precioso reloj, pero no de plata como el que quería Jorge, sino de oro, y con un grabado en relieve en las tapas que decía así:

Al niño Jorge, que dió de comer al hambriento.

Nuestro niño entonces levantó los ojos al cielo y balbuceó:

—Benditos sean mis padres, que me enseñaron a practicar las obras de misericordia.

RAFAEL NARONA.  
Trece años.

## La casa de muñecas.

Gabrielito sueña que es el amo de la casa de muñecas de su hermana, y que tiene el tamaño de figuritas de pasta que hay en ella.

Se sienta en una sillita de plomo enfrente de la muñeca, y pide la comida, que le sirve la criada en la vajilla de juguete. La sopa es de almendra; con el cuchillito corta su pedazo de pan de una rosquilla; los garbanzos tienen el tamaño de semillas de los higos.

—¿Qué hay de principio? —pregunta a la muñeca.

—Tenemos jilgueros en pepitoria y un boquerón frito.

—¿Y de postre?

—Piñones y grages.

Gabrielito se frota las manos de gusto. Es una comida excelente para un muñeco de dos pulgadas de estatura.

—Estos garbanzos son balas; están duros —dice incomodado y riñendo como ha oído muchas veces a su papá—. Estos garbanzos están duros.

—No, señor —responde la criada con descoco; son perdigones.

—¡Insolente! —replicó Gabrielito, alzando una silla de plomo y tirándola sobre la criada de madera, que cae al suelo dando chillidos.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —dijo llorando la muñeca—. Le has saltado un ojo de cristal y le has roto los goznes de la pierna.

—¡Gabrielito! ¡Gabrielito! —gritan en aquel momento—. ¿Dónde estás?

Es la voz de su hermana, la dueña de la muñeca que acaba de romper. El susto le hace recobrar su estatura de niño y deshacer con su cuerpo la casa de muñecas; aplasta la mesita y cae y se rompen los juguetes; grita su hermana; entra su mamá y, al ver aquel destrozo, alza la mano y empieza la azotaina. Gabrielito despierta; abre los ojos, espantado, y sólo ve la cara risueña de su papá, que le presenta, por ser el día de su santo, un hermoso caballo de cartón piedra.

EUGENIA BAANANTE.  
Catorce años. Madrid.

## La envidiosa.

Había un labrador que tenía dos hijas; una, llamada Josefa, y la otra, María. Al morir el padre le dejó por herencia a Josefa más que a María, porque la primera era buena, bondadosa y ascada, mientras la segunda era al revés.

Pasó algún tiempo, y María, cansada de sus injusticias, acabó por terminar con Josefa. Un día la hizo pasar a su cuarto a comer, y, como Josefa era obediente, fue. María echó un narcótico a la comida de Josefa, y cuando ésta comió el primer bocadillo quedó sumida en el más profundo sueño. Lo primero que hizo María fue llevarla al bosque y dejarla a merced de las fieras; pero no contenta con esto, le sacó los ojos. Cuando despertó la niña se llevó un gran susto; pero sabía que todo esto era obra de su hermana. La niña andaba a tientas por el bosque; y después de mucho examinar se echó al pie de un árbol. Mientras estuvo acostada oyó los balidos de un corderito, y creyendo que era un rebaño agitó su pañuelo para llamarlo. En efecto, Julián, un pastor muy bueno, acudió en su auxilio y la llevó a su casa; le dió de comer y la acostó en una cama. Mientras la niña estuvo durmiendo oyó la voz de un hada, que le dijo:

—Si quieres recuperar tu vista, tienes que tener en tu mano la hierba maravillosa.

—Por la mañana lo contó todo al pastor, y éste se fue en busca de tan apreciada planta. Cuando la estaba buscando vio a María, que estaba juntando fresa, y le dijo:

—¿Qué busca, joven? —le dijo María.

—Un remedio para una amiga mía, que su hermana, que era una envidiosa, le quitó la vista.

Al oír esto María reventó de ira y se lanzó sobre el joven; pero en el momento quedó convertida en estatua. El pastor quedó asombrado ante esta escena, cuando se le apareció un hada, que le dijo:

—Toma esta hierba para la vista.

Y le dijo que ella le había hablado a Josefa cuando estuvo en sueño.

El pastor le llevó la hierba a Josefa, y ésta sanó y se casó y vivieron felices.

Zapatito roto.  
para que usted me cuente otro.

VICENTE PLATA.  
Diez años. Buenos Aires.



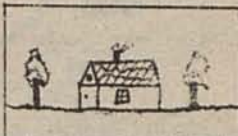
De día de fiesta.  
V. DE LIRÁN.  
Madrid.



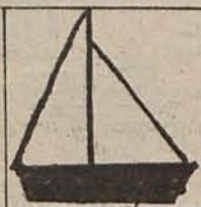
El «Plus Ultra».  
A. M.—Bilbao.



Pinocho y Chapete  
boxean.  
MANUEL FUENTES.  
Madrid.



Una barraca murciana.  
CARLOS GARCÍA.  
Murcia.



Balandro.  
FERNANDO BENITO.  
Madrid.



Currinche, laxarillo.  
R. CABERO.  
Catorce años.



Pescador... de ranas.  
ANTONIO VELÁZQUEZ.  
Diez años.



Un caballero del siglo XVIII.  
ERNESTO CARRA.  
Madrid.



# QUÉ QUIERES SABER HOY?



Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

Pues hoy quisiera que me contaras, amigo buho, las costumbres de los tiburones, de esos peces tan terribles que, aunque tengo deseos de que me hables de ellos, no quisiera encontrarme nunca con ninguno.

—¡Pobre de ti si así fuera, amigo Chonón! De un solo mordisco...

—¡Habla sin recelo, que ya sabes que tus palabras no me infunden más que curiosidad y admiración, pero temor, nunca!

—Pues has de saber, mi buen Chonón, que los tiburones, si no tan grandes como las ballenas, alcanzan también proporciones muy respetables. Los hay hasta de diez y ocho metros de largo. Tienen en la boca varias filas de dientes que cuando se les caen o desgastan son sustituidos por otros. Esto ya sabes que también les ocurre a las serpientes.

—¿Y son voraces los tiburones?

—Baste decirte que en Groenlandia hay una especie que ataca a las ballenas, y lo hace con tal avidez, que cuando hace presa en la carne de su enemigo no la suelta aunque se acerquen los hombres a él.

—Entonces, ésta será buena ocasión para matarlos.

—No lo creas. Mientras la ballena está viva es muy peligroso aproximarse a ella porque sus coletazos son terribles; pero si la ballena ha sucumbido a los mordiscos del tiburón, puede matársele a lanzadas antes que conseguir que suelte su presa.

—¡Qué torpezal! ¿verdad, amigo buho?

—Tienes razón. Es obcecación muy torpe.

—¿Y es verdad que a los marineros les desagrada mucho que estos peces vayan detrás del barco en que navegan?

—A los que son supersticiosos, sí; pero éstos en el pecado llevan la penitencia. Figúrate que creen que cuando un tiburón sigue a un barco es porque alguien va a morir a bordo.

—¡Qué tontería más grandel! ¿verdad, buho?

—Más grande que todos los tiburones juntos. Lo que ocurre es que como los barcos van dejando tras de sí un rastro de desperdicios, no hay pez, grande ni chico, que se resista a la tentación de devorar todo lo devorable, y el tiburón, con la voracidad que le caracteriza, no perdona ni una miga de pan.

—Miedo me da pensar qué pasaría si alguien cayese al agua cuando uno de estos peces va escoltando a un barco.

—Pues sería cosa vista y no vista.

—¿Es decir, que irremisiblemente se lo comería?

—Como quien se come una aceituna.

—¿Y no daría tiempo a salvarle?

—Sería muy peligroso intentarlo.

—Pero ¿no hay modo de dar muerte a un tiburón?

—Comprendo tu natural inquietud porque sé de tus sentimientos humanitarios, amigo Chonón; pero para dar muerte a un tiburón hay que saber matarlo.

—¡Cuéntame! ¡Cuéntame, oh sabio buho!

—El tiburón tiene la boca muy debajo de la cabeza. Esto le impide atacar de frente, y cuando quiere morder ha de volverse sobre su costado. Si en este momento el que se ve perseguido se zambulle en el agua, puede muy bien colocarse bajo el vientre del tiburón y atacarle con un cuchillo.

—Pero hace falta valor ¿eh?

—Todo el valor que da el instinto de conservación.

—Dios nos libre de un trance tan apurado ¿verdad, amigo buho?

—Con estos bicharracos tan poco deseables, cuanto menos trato mejor.

—Ya sabes que yo sigo siempre tus consejos al pie de la letra.

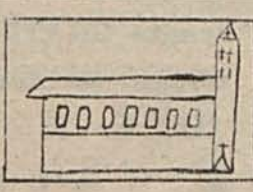
—Y tú ya sabes también que mi sabia experiencia no te dará más que consejos buenos.

—Adiós, querido buho.

—Adiós, mi buen Chonón.



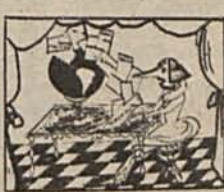
Dos personajes de Don Juan Tenorio. JOSÉ BAQUÉ. Zaragoza.



Iglesia. VICTORIA TACÓN. Diez años. Madrid.



Paisaje. SALVADOR CARDENAL. Granada.



Pinocho reparte la felicidad por el mundo. M. ORTIZ. Nicaragua.



Un «dandy». ROBERTO PRIETO. Barranquilla.



Mimi. GLORIA GONZÁLEZ.



Un majo. PABLO MONTES. Sevilla.



Entre tenores: —Aquí, donde me ves, he cantado delante de muchos reyes.

—¿De veras?

—¿Dónde?

—Pues en Madrid, en la plaza de Oriente.

JACINTO GUERRERO

Puente del Maestro (Badajoz).



—Papá, rico; papá, mono; mañana es el día ocho. ¿Me comprarás el PINOCHO?

—Te lo compraré, hija mía, si te sabes la lección; pero si no te la sabes, yo te daré un coscorrón.

AURORITA CARRASCO.

Nueve años.



—Anita, me estás volviendo oca con ese sonsonete. Mira, coge una silla y ve a leer el PINOCHO al sol.

—¿Pero me prestará atención el sol?

FERNANDA NAVARRO.

Doce años. Madrid.



El gato, mirando de reojo al besugo que lleva la criada en la mano.

—¡Ay! Besuguito, besuguito, si te pillara solo...

ANA MARÍA LÓPEZ.

Madrid.

## Entreviá con un chinillo.

Pasaba yo por la calle de Alcalá. Toda la ciudad estaba bulliciosa; sólo el chinillo, el de los ojos oblicuos, el de la nariz perfecta, el de los pómulos salientes, él solo caminaba silencioso en medio de tanto barullo. Yo me acerco, le veo bien. Lleva el brazo cubierto de collares preciosos; en una maleta lleva los dijes, pulseras y sortijas. Cuando alguna señora se le acerca a ver sus baratijas, dice, sin dejar de sonreír:

—Sa, sa; bonito, bonito.

Yo, para iniciar la entrevista, voy a comprarle un collar a mi mamá, y empieza así nuestra conversación:

—¿Cuánto vale este collar?

—«Liete peletas».

—Cuatro.

—Cinco.

—Venga.

—«Pala» ti.

En este momento empieza nuestra entrevista, y empiezo a hablar el chino que me ha enseñado Pinocho.

—¿Haces el favor de decirme de dónde eres?

—Con mucho gusto. Yo soy de un pueblo de China, cerca de Pekín.

—¿Por qué te has venido a España?

—Mira, te lo explicaré bien: yo vivía muy feliz en mi casita; yo era el que tenía más ganado; también me dedicaba a vender mis baratijas en las joyerías de la ciudad; pero... Un día estaba yo leyendo «El Eco de Pekín», cuando, de improviso, se nos echó encima una banda de hombres blancos —ingleses, al parecer— que empezaron a saquear el pueblo. Nosotros, entonces, echamos a correr; cogimos unas cuantas cosas que estaban a mano, y no paramos hasta que llegamos aquí.

—La última pregunta: ¿cómo te llamas?

—Li-Fu-Chang, para servirte.

Y así nos despedimos del chinillo, el de los ojos oblicuos, que se va alejando lentamente...

LUIS CASTELLANOS.

Nueve años. Madrid.

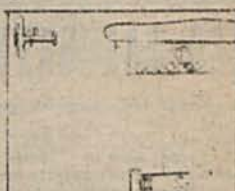
## El castigo de Alberto.

Era Alberto un muchacho bueno: era educado, estudioso; pero padecía de un defecto, por cierto bastante malo, y era que tenía la costumbre de subirse a los nidos y sacar de allí los huevos o pajaritos que encontraba. En el mismo techo de su casa tenía Alberto un nido de gorriónes. Varias veces Alberto había intentado subir al techo y atrapar a los gorriónes; pero la gran vigilancia de sus papás se lo impedía. Un buen día sus padres salieron de paseo y quisieron llevar también a Alberto. ¡Pero qué!; por más y más que le obligaron, fue imposible. Alberto pateó, lloró, gritó e hizo mil locuras y decía que se hallaba enfermo. Entonces sus padres no tuvieron otro remedio que dejarlo al cuidado de la casa. Una vez que sus padres se fueron, Alberto tomó una escalera y con mucho apuro subió al techo de la casa, luego se dirigió al sitio en donde estaba el nido y sacó de él a cuatro hermosos pollitos de gorrión. La alegría de Alberto por este hallazgo no tuvo límites. Se puso a cantar y saltar como un loco y decía para sí: «¡Cuánto he ganado con no ir con mis padres! Si hubiera ido con ellos, no tendría estos cuatro pollitos». Y siguió así su alegría por un rato. ¿Pero qué sucedió luego? Que el pobre Alberto, cuando pensaba bajar, se encontró con que la escalera se había caído al suelo, seguramente porque él, al subir con tanto apuro, no la había afirmado bien.

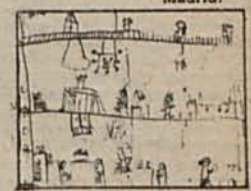
Allí tuvo el pobre que permanecer hasta la noche, hora en que llegaron sus padres. Los padres, al enterarse de lo sucedido, bajaron al niño del techo, se dieron cuenta entonces por qué Alberto se había negado a ir con ellos y le dieron, en castigo, una fuerte paliza, que bien merecida la tenía.

JOAQUÍN ZUGASTI.

Doce años. Buenos Aires.



Pinocho y Chapete en su dirigible. MARTINA SOLER. Madrid.



Mi casa de muñecas. C. T.—Siete años. Madrid.



Pinocho y yo. ANGELITA GALBÁN. Madrid.



Dando de comer a las gallinas. JUANITA GÓMEZ. Madrid.

# ¡ PINOCHISTAS !

Próxima a terminarse la cantidad de dibujos, chistes, historietas y cuentos que estaban esperando turno de publicación, se ha reunido el GRAN CONSEJO PINOCHISTA y, a propuesta de Paco Morronguis, encargado por Pinocho de estudiar este asunto, se ha decidido admitir nuevamente COLABORACIÓN PINOCHISTA en forma de dibujos, chistes, cuentos e historietas.

Para enviar trabajos de COLABORACIÓN PINOCHISTA será indispensable:

1.º Ser suscriptor a PINOCHO.

2.º Enviar con cada trabajo un cupón de Colaboración pinochista como el que publicamos hoy y publicaremos en cada número mientras no vuelva a haber aglomeración de trabajos esperando turno.

## CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA

CORRESPONDIENTE AL NÚM. 89

Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscriptores pueden colaborar.



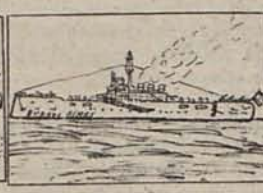
Un león.  
JORGE LÓPEZ.  
Madrid.



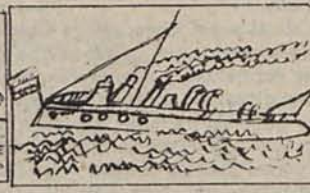
Un baile.  
ENRIQUE FARNÉS.  
Siete años. Madrid.



Pinocho, cazador.  
ÁNGEL BÁCENA.



El «Buenos Aires» camino de Palos.  
B. ARELLANO.  
Sevilla.



Colón.  
REMIGIO RAMÍREZ.  
Ocho años.



Cinco lances de toros.  
DAVID MARTÍNEZ.



Asesinato de Roger de Flor.  
ENRIQUE CASTRO.



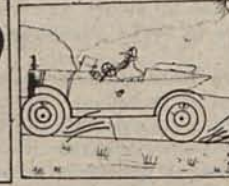
Dos amigos.  
ANGELES DELGADO.



Simplicio Bobadilla.  
E. MIURA.  
Sevilla.



El jarro de Pinocho.  
MANUEL SAAVEDRA.  
Badajoz.



Pinocho en «auto».  
RAIMUNDO P. DE GRACIA.



Paquito ilustrándose en PINOCHO.  
FRANCISCO BIGORRA.  
Madrid.

## TAPAS PARA ENCUADERNAR "PINOCHO"



TOMO I.—Febrero-Julio, 1925.

TOMO II.—Agosto-Dbre., 1925.

TOMO III.—Enero-Junio, 1926.

TOMO IV.—Julio-Dbre., 1926.

Precio de las tapas de cada tomo, 5 pesetas.

Para los suscriptores, 3 ptas.



## La EDITORIAL

"SATURNINO CALLEJA", S. A.

remite GRATIS el Catálogo de todos los

C U E N T O S  
D E C A L L E J A

a quien se lo pida.

## LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

### REGALOS GENERALES

1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, solamente entre los suscriptores, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).

2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscriptores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).

3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.

4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. DESDE AHORA SÓLO PODRÁN TOMAR PARTE EN ESTOS CONCURSOS LOS SUSCRITORES POR AÑO, por semestre o por trimestre.

5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. DESDE AHORA SÓLO LOS SUSCRITORES PODRÁN ENVIAR CHISTES, DIBUJOS, CUENTOS, ETC., PARA QUE SE PUBLIQUEN EN PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscriptores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscriptores, hay **regalos especiales** para los suscriptores por un año; otros, para

los suscriptores por un semestre; otros, para los suscriptores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

### Si la suscripción es por un trimestre

1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.

2.º Rebuja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscriptores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

### Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

### Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

## Y A H A Y E J E M P L A R E S

de los tomos siguientes de la imponderable **Serie Pinocho contra Chapete** (el mayor éxito editorial conocido), que estaban agotados:

Pinocho en la India.

Pinocho I el cigüeño.

Pinocho, domador.

Las jugarretas de Chapete.

Chapete en la isla de los muñecos.

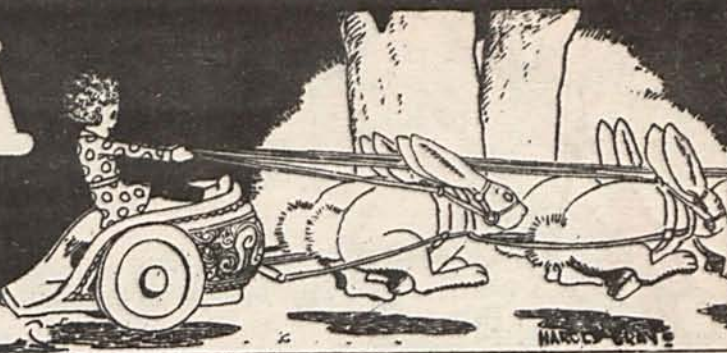
El nacimiento de Pinocho.

CADA TOMO 1,50 PESETAS

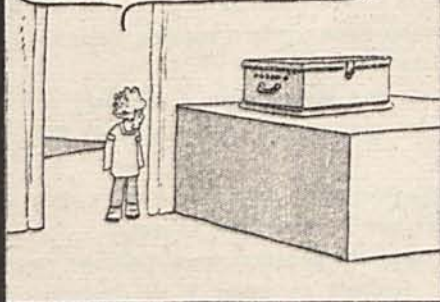
En todas las librerías y en **Editorial Saturnino Calleja**, S. A. — Apartado 447.-Madrid, que los remite a toda España y América con solo pedirlos con su importe. Añádase al mismo 75 céntimos para gastos de envío certificado.

# ANITA

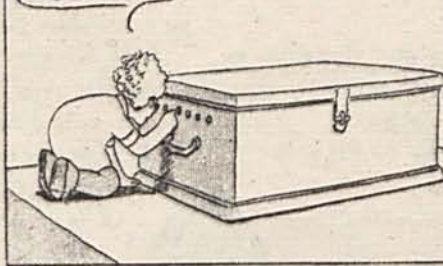
## BUEN-CORAZON



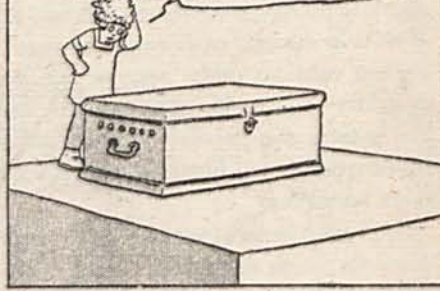
¡AQUÍ DEBE DE HABER ALGO EXTRAORDINARIO! ¡ALGO QUE YO NO HE VISTO NUNCA!



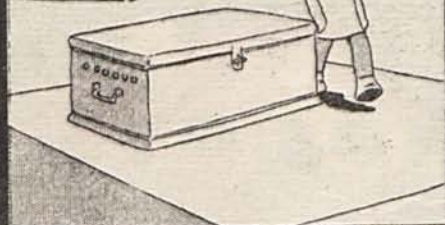
¿HABRÁ GATO ENCERRADO? ¡ESTOS AGUJERITOS ESTARÁN HECHOS PARA QUE RESPIRE!



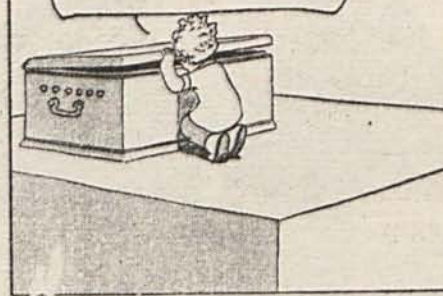
¡NO SE OYE NINGÚN RUIDO! ¡A LO MEJOR ES UNA CAJA VACÍA! ¡DIOS MIO, QUÉ HABRÁ DENTRO!



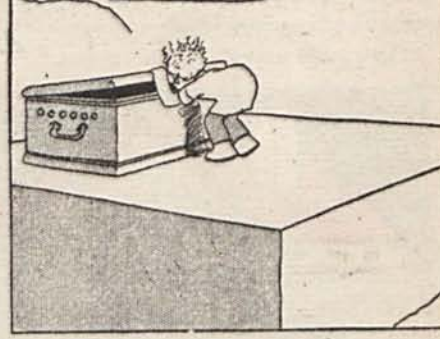
¡YO CREO QUE SI HUBIESE UN ANIMAL DAÑINO DENTRO, ESTARÍA DANDO SALTO! ¡EL POBRECILLO, SEA QUIEN SEA, ESTÁ MUY QUIETECITO!



¡NO SE VE NADA! ¡NO SE OYE NADA! ¡ESTARÁ DORMIDO!



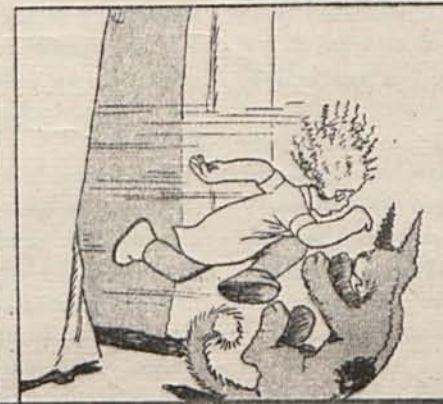
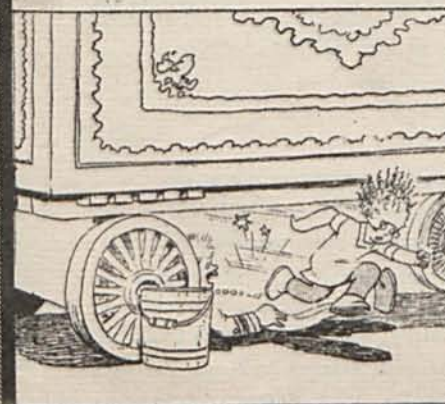
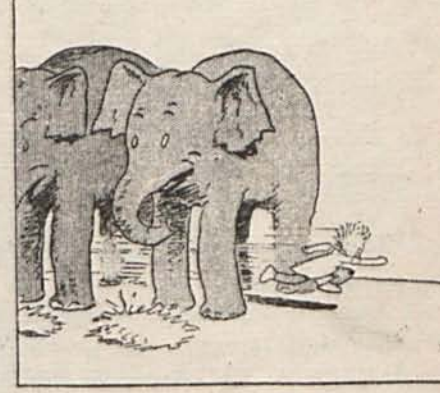
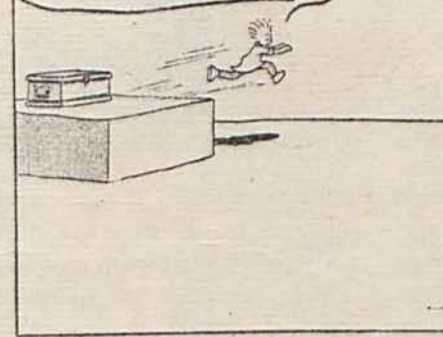
¡PERO... PERO... ..SI SON.....



¡AY, AY, QUE SUSTO TENGO!



¡SERPIENTES!



¡MIRA, PELUCHO, EL PEOR VICIO QUE HAY EN EL MUNDO ES LA CURIOSIDAD! ¡YO HE SIDO CURIOSA UNA VEZ! ¡PERO! ¡UNA Y NO MÁS!





# Sección Pirula

## CUENTOS DE PIRULA

Érase una princesita que se llamaba Brillantina (por cierto que tenía un

hermoso pelo carabí) y que estaba desesperada porque acababa de cumplir los quince años y, por lo tanto, había llegado a la edad en que, fatalmente, se tienen que casar todas las princesitas de todos los cuentos.

A Brillantina no le hubiera sido desagradable casarse con un príncipe rico y poderoso, vestido de raso y que llevase en el cinto la espada; en la mano, el azar.

Pero esto no podía ser, ya que desde que el mundo es mundo y en él se cuentan cuentos, todas las princesas deben casarse con pastores —si acaso, con leñadores— que las liberten de mil horribles peligros a través de mil aventuras fantásticas.

—¡Yo no quiero que me coja una bruja y me convierta en criada suya! ¡Ni quiero que un dragón amenace con devorarme! ¡Ni quiero ser transformada en rana, en flor o en canario! ¡Y no quiero que me liberte un pastor para luego casarse conmigo! —murmuraba rabiosamente la princesita Brillantina aquella mañana en que cumplía sus quince años.

Pero ¿qué hacer? ¿Cómo conse-

aceptase por esposo, ocupadas como lo estaban todas en hacerse libertar de mil peligros por pobres pastores para luego concederles su blanca mano?

—Pensar que si yo fuera un pastor...

El príncipe Caramelo no acabó su frase. Una idea luminosa acababa de ocurrírsele; telefoneó al punto a su sastro, el señor del Campillo, y le encargó un disfraz completo de...

\*\*\*

En el prado verde, verde, había una casita blanca, blanca, y enfrente otra casita rosa, rosa.

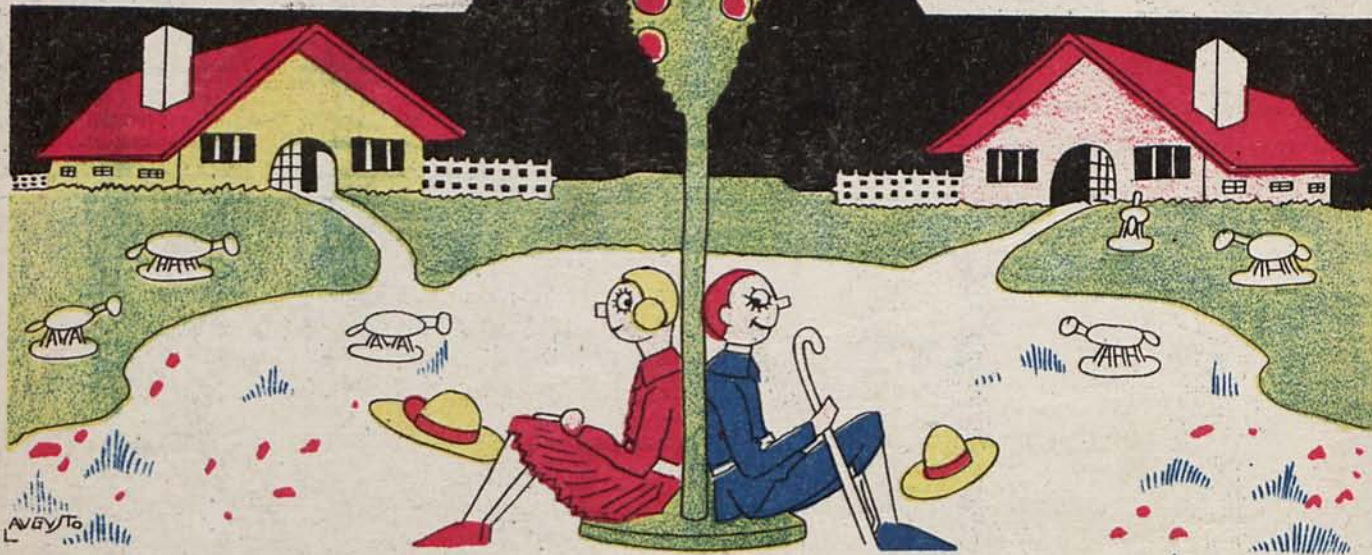
Ante la casita blanca estaba sentado un joven, bello y dulce pastor que guardaba unos corderos blancos y rizados con un cascabelito de plata al cuello.

Ante la casita rosa, una linda, rubia y angelical pastora guardaba unas ovejas inmaculadas, con cintas de seda celeste en la cabeza.

Y el pastor estaba pensativo esperando a que pasase una hermosa princesa que le concediese su mano.

Y la pastora suspiraba pensando en el príncipe valeroso que no tardaría en pasar y en declararle su amor.

En esto, uno de los corderos se introdujo en el jardín, lleno de lilas, de la casita rosa, en el preciso instante en que una de las ovejitas iba a respirar el aroma de los jazmines que llenaban el jardín de la casita blanca.



guir un príncipe, puesto que todos ello estaban destinados, a su vez, a desposarse con pastoras?

Y entonces la princesita Brillantina tuvo una idea maravillosa; se fué de incógnito a los grandes almacenes «Al encuentro de las hadas» y se compró un disfraz completo de...

\*\*\*

El príncipe Caramelo (este príncipe era riquísimo; como que sabía a azúcar) estaba, por primera vez en su vida, de mal humor. Y es que por muy dulce que uno sea, es para irritarle a uno, cuando está acostumbrado a vivir tan cómodamente en el palacio real, tener que marcharse a elegir una esposa entre las del reino que tengan el pie chico o sepan hacer pasteles.

—¡Eso de casarme yo con una palurda que ni sabrá siquiera bailar el charleston! —refunfuñaba el príncipe Caramelo aquella mañana en que cumplía los quince años—. ¡Quién fuera príncipe real de la realidad en lugar de ser príncipe real de cuento! Ellos se casan con princesas de su mismo rango. A nosotros este destino tan natural nos está vedado.

En efecto; ¿dónde iba él a encontrar una princesa que le

Y el pastor corrió en busca de su cordero y la pastora acudió en pos de su oveja; y se encontraron en medio del camino y quedaron maravillados. Jamás soñó el pastor con una pastora más fina, distinguida y elegante que aquella, con su pámela de paja de Italia, su vestido de brocado y su pulsera de reloj de brillantes. Jamás creyó la pastora que existiese un pastor tan «bien» como aquel, con su traje impecable, su zamarra de piel de castor y su cayada de junco flexible con puño de ámbar.

Y se enamoraron el uno del otro, y al resignarse ya a casarse con un pastor, o con una pastora, descubrieron que eran, respectivamente, el príncipe Caramelo y la princesa Brillantina.

Aquella fué la primera vez que un príncipe y una princesa de cuento se casaron entre sí. Desde entonces esto ha vuelto a suceder en varios cuentos más, porque cundió el rumor de que a éstos les había ido muy bien y habían sido muy felices.

Y, sin embargo, no comieron perdices porque al príncipe Caramelo no le gustaban, y a la princesita Brillantina, desde un día que abusó de este manjar refinado, se le solía indigestar.